

Colección

**Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates**

Pibes sin calma



**Desigualdades y vulnerabilidades
en las juventudes argentinas**

Alejandro Capriati



Grupo Editor Universitario



CLACSO

ALEJANDRO CAPRIATI

Pibes sin calma

Desigualdades y vulnerabilidades
en las juventudes argentinas



Capriati, Alejandro

Pibes sin calma : desigualdades y vulnerabilidades en las juventudes argentinas / Alejandro Capriati. - 1 a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editor Universitario, 2019.

86 p. ; 22 x 15 cm

ISBN 978-987-8308-03-6

1. Desigualdad Social. 2. Grupos en Situación de Vulnerabilidad. 3. Juventud. I. Título
CDD 305.235

1ª edición: abril 2019

Diseño, composición, armado: Silvia Ojeda

Diseño de tapa: GEU

Imagen de tapa: Patricio Wall

© 2019 by Grupo Editor Universitario
San Blas 5421, C1407FUQ - C.A.B.A.

ISBN: 978-987-8308-03-6

Queda hecho el depósito de ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Para Florencia, Josefina y Emilia

Índice

Capítulo 1

PIBES SIN CALMA	9
Introducción	9
Estructura del libro	10
Proyectos y agradecimientos	12

Capítulo 2

TEORÍAS, DATOS Y DEBATES	19
Alarmas y amenazas por la calidad de las personas	20
Datos demográficos y epidemiológicos	22
Matriz individualista	25
Matriz estructural y programática	27
Singularización de las experiencias	31
Escenario social	32
Vulnerabilidades en salud	36
Soportes	37
Juventudes, tan desiguales como diversas	38
Estrategias teórico metodológicas	42

Capítulo 3

RELATOS DE VIDA	43
Enfoque biográfico	43
Batallar para sobrevivir	46
Salir a la calle y hacerse hombre	52
Puntos de apoyo	54

Privatización y politización	57
El tiempo del después	61

Capítulo 4

PRODUCCIÓN SOCIAL DE LA VULNERABILIDAD	63
Llueve sobre mojado	64
Nuestras encrucijadas	67
El trabajo comunitario en salud con jóvenes	70
Tensiones y zona práctica de influencia	72
Avances	75

Referencias bibliográficas	77
---	-----------

Pibes sin calma

Introducción

Nacer y crecer en Argentina, como en gran parte de América Latina y del mundo, significa desarrollarse en una tierra rica en oportunidades, sólo para un grupo privilegiado de niñas, niños, adolescentes y jóvenes. Un grupo que habita un entorno no contaminado, reside en un barrio con agua segura y cuenta con una vivienda adecuada. Un grupo que no asume obligaciones de trabajo cuando es tiempo de estar en la escuela, ni crece en un ambiente de maltrato y abusos sexuales.

Pertenecer a este grupo tiene poco que ver con el azar, los méritos personales o las actitudes individuales. La desprotección social no se distribuye aleatoriamente, las desigualdades sociales y de género se superponen sobre ciertos grupos sociales y se acumulan en determinados territorios. Como en otras problemáticas de salud (Graham, 2016), en temas de infancia, adolescencia y juventud el código postal dice mucho más que el código genético.

En este libro reviso teorías, examino datos estadísticos y analizo trayectorias biográficas de jóvenes. El trabajo está orientado por dos apuestas. Investigar para producir evidencias que permitan saber más sobre los modos en que las desigualdades sociales y de género, los padecimientos y las violencias se anudan en la vida de las personas. Y al mismo tiempo, sistematizar los conocimientos sobre las condiciones y los procesos que minimizan, reducen o interrumpen las vulnerabilidades en la adolescencia y juventud.

Para pensar las relaciones entre salud y juventudes planteo la idea de producción social de vulnerabilidades. La dimensión estructural y programática de este proceso puede ser sintetizado en la expresión popular “llueve sobre mojado”. Con esa frase quiero resaltar que los

déficits institucionales para la contención y el acompañamiento frente a la escasez material, las violencias, los consumos de drogas, entre otras problemáticas, se dan especialmente en los grupos y territorios en los cuales el encadenamiento de las desigualdades estructurales, ambientales y de género ha generado mayores privaciones.

Estos procesos instauran condiciones de precariedad: así, adolescentes y jóvenes residentes en territorios con múltiples privaciones sociales, se encuentran obligados a hacerse a sí mismos con un inestable acompañamiento del mundo adulto y las instituciones. La exigencia de hacerse adulto a edades tempranas es la dimensión subjetiva de la producción social de vulnerabilidad y devela encadenamientos singulares entre las privaciones sociales, las subordinaciones de género y los abusos del mundo adulto. Son cuerpos jóvenes obligados a trabajar. Pibes y pibas sin calma, expuestos a la precariedad de la calle y los abusos.

El estudio de las desigualdades y las vulnerabilidades que afectan la vida de las personas jóvenes pone de relieve una serie de encrucijadas. La primera apunta a las experiencias de cada joven: las maneras de narrar su vida e hilvanar los acontecimientos que han marcado su trayectoria. La segunda refiere a los anclajes institucionales: los modos en que sus acciones habilitan o no nuevos repertorios discursivos, posibilitan o no el ejercicio de la autonomía. En su acontecer diario, las instituciones que trabajan con niños, niñas, adolescentes y jóvenes pueden reforzar o revertir las situaciones de vulnerabilidad y desamparo. La tercera encrucijada nos interpela como sociedad, qué observamos y callamos, qué impugnamos o permitimos que suceda.

En *Pibes sin calma* aspiro a comprender fenómenos vinculados con la adolescencia y la juventud, conectar del modo más explícito posible la comprensión del fenómeno con la crítica social, generar insumos para la reducción de vulnerabilidades en adolescentes y jóvenes y contribuir al debate público con producciones provenientes de las ciencias sociales.

Estructura del libro

Estudiar la salud en las adolescencias y juventudes radica en abordar tanto las manifestaciones más visibles de las problemáticas como así también las condiciones y relaciones capaces de producir tanto malestar como bienestar en las personas, en los grupos y sus comunidades.

En el capítulo segundo describo datos demográficos y epidemiológicos y examino aportes de distintas disciplinas y enfoques para estudiar la salud y el bienestar en niños, niñas y adolescentes. La propuesta es pensar en los supuestos que están por detrás de las investigaciones sobre salud y jóvenes, en los conceptos que orientan los interrogantes, el tipo de datos que se produce, evaluar sus aportes y limitaciones.

A partir del análisis de los aportes y limitaciones de los distintos enfoques, distingo entre una matriz de tipo individual de otra estructural y programática. Planteo la necesidad de ampliar el foco de estudio para incorporar aspectos estructurales y programáticos con el propósito de interrogar desde otro ángulo las mediaciones entre los procesos estructurales, las instituciones y las prácticas de cuidado.

En el marco de una matriz estructural y programática, recupero aportes de la teoría social, del campo de las desigualdades sociales, de los estudios sobre soportes y del enfoque de vulnerabilidad y derechos humanos. La propuesta es compartir coordenadas conceptuales para comprender los procesos que afectan la salud y vulneran los derechos de adolescentes y jóvenes, atendiendo a los condicionamientos del escenario social y la singularización de las experiencias juveniles, con sus torsiones de clase y género.

En el capítulo tercero presento resultados de investigaciones realizadas en el Gran Buenos, Argentina, con un enfoque biográfico. Analizo entrevistas y relatos de vida con el interés centrado en los modos en que los aspectos estructurales, institucionales e intersubjetivos modelan las trayectorias biográficas. Dentro de la diversidad de maneras de ser joven, en este libro comparto experiencias y trayectorias de un grupo de siete personas, entre 20 y 31 años, heterosexuales, residentes en villas, asentamientos y barrios populares de la Ciudad y la Provincia de Buenos Aires.

Si analizamos transversalmente las trayectorias de este grupo de jóvenes es posible sostener algo más que la infancia y la adolescencia sucede a toda prisa. El tiempo de la infancia es breve y con maltratos, se interrumpe la escuela y las transiciones de rol esperables pierden sentido. Son pibes a la deriva, desprovistos de cuidados parentales, expulsados a la calle ante el desamparo de un Estado que cuando llega, lo hace tarde, tal como sintetiza Mariana Pérez (2015).

En ocasiones operan distintos soportes institucionales o comunitarios, con diferente capacidad de amortiguación. Como documentan los

relatos de las y los jóvenes, en sus trayectorias se evidencian distintos puntos de apoyo que amortiguan las consecuencias de las situaciones adversas, habilitan el acceso a espacios de escucha, ponen en circulación lenguajes alternativos y posibilitan la politización de la experiencia.

En el cuarto capítulo, a modo de cierre, conecto de modo explícito la comprensión del fenómeno de las vulnerabilidades en la juventud con la crítica social y los interrogantes políticos sobre qué hacer. Para avanzar en la construcción teórica sobre los procesos y mecanismos de la vulnerabilidad en la adolescencia y juventud integro dimensiones micro y macro, subjetivas y objetivas. La abulia social es parte de la producción social de vulnerabilidad: no se trata de un desconocimiento de los padecimientos, la opinión pública está tan informada como indiferente. La abulia, como explica Martuccelli, es un estado de ánimo colectivo que debilita la capacidad de indignarnos frente a las injusticias, más o menos cercanas o ajenas.

En el cierre, recupero un heterogéneo conjunto de acciones en salud con jóvenes realizadas con Ana Clara Camarotti, Ana Lía Kornblit y Gabriela Wald para reflexionar sobre los interrogantes políticos y técnicos que transitamos cuando colaboramos desde la universidad en acciones de salud y promoción de derechos.

Proyectos y agradecimientos

Antes de continuar con la lectura del resto de los capítulos, quiero enmarcar mi trabajo en una línea de investigación colectiva. Al mismo tiempo, explícito, con la mayor honestidad que me resulta posible, mi relación como investigador con el tema de estudio, interrogo mi punto de vista y examino mis intereses; esta reflexión es una aproximación a la objetivación de la relación subjetiva de la persona que investiga con el objeto (Bourdieu, 2003).

Desde el comienzo de mis estudios en sociología, en el año 1999, me interesé por fenómenos vinculados con la juventud. Las primeras lecturas de teoría social me permitieron repensar algunos de mis males-tares como expresión de algo más grande. Eran muchos los privilegios que las personas como yo disfrutábamos: el grupo de los varones blancos sin preocupaciones financieras. La gente no se cruzaba de vereda al verme de lejos, mi performance de género no generaba discriminación.

Cuando me metía en problemas, la policía no me hostigaba ni amenazaba. Sin pertenecer a ninguna elite social, criado en una familia de profesionales en un barrio del sur del Gran Buenos Aires, tenía medianamente despejados los caminos a la formación profesional y obtención de empleo. Crecí en un entorno familiar que valora la formación, el trabajo diario de mi madre y padre, las recompensas del esfuerzo.

Esta descripción traza las pinceladas más gruesas de una trayectoria, sirve para identificar trayectorias de clase y género. Yo vivo a media hora de la casa de Camila, una de las jóvenes que comparte su historia en este libro. A la edad en que ella tuvo que salir a la calle a juntar cartones, yo concurría a la escuela y jugaba con amigos en mis ratos libres. Mucho tiempo después, al finalizar el secundario, tuve mis primeros empleos de verano. En estos trabajos nunca quisieron someterme sexualmente. Tampoco trabajé limpiando casas. ¿De qué hablan estos contrastes? ¿De capacidad individual? ¿Desgracia, mala suerte? ¿De injusticias? Por supuesto, estos primeros acontecimientos en las trayectorias no anticipan ni sellan las búsquedas y las desventuras que marcan la trayectoria de Camila, la mía o la de cualquiera de ustedes. Tampoco, obviamente, son meros factores contextuales.

Hacia fines de la cursada de la licenciatura, interpelado por el modo en el cual el discurso mediático definía como perdida y sospechosa a una generación de jóvenes afectada por la crisis económica, comencé a ver de qué se trataba la investigación. Así, pude dar forma a mis primeros trabajos sobre la construcción social de los jóvenes a partir del discurso de la inseguridad. Por medio del análisis de las editoriales de diarios masivos describíamos las sensaciones de indefensión pública, las causas y las soluciones que se presentaban (Capriati y Dallorso, 2006). El diagnóstico era trágico: los jóvenes marginales eran estigmatizados como potenciales delincuentes, pensados como generación perdida, en un país que había implosionado el imaginario entre (más) educación y (mejor) empleo.

Las esquirlas de esa explosión no modificaron mi trayecto. Apenas graduado, colaboré en proyectos de investigación social en salud y clases de Psicología Social. Empiezo a interesarme por la cuestión juvenil desde otro ángulo, mi atención se desplaza hacia las prácticas e identidades juveniles. Se presentó la oportunidad de presentarme a una beca para iniciar estudios doctorales. Hasta ese entonces siempre había pen-

sado que para investigar tendría que migrar, viajar a Europa o Estados Unidos, se estaba expandiendo el sistema de becas del CONICET.

En el año 2005, interrogarme acerca del mundo juvenil, cultural y nocturno de los barrios relegados del Gran Buenos Aires era una traducción de una cuestión generacional. La estigmatización de los jóvenes asumía nuevos ropajes. Se empobreció la población, se recrudesció la condena social sobre los valores y las prácticas juveniles. Las expresiones musicales eran pensadas como reflejo de la crisis social, incentivo del delito, el descontrol y las drogas. En un incendio durante un recital de rock en la Ciudad de Buenos Aires fallecieron ciento noventa y cuatro personas, en su mayoría jóvenes. La tragedia de *Cromañón*, en relación con el nombre del local de recitales, representó para una parte de la sociedad argentina la evidencia de la decadencia cultural y moral de la juventud, los estragos del consumo de drogas.

No es este el lugar indicado para presentar la tesis, sí para resaltar los entramados institucionales que generaron condiciones para sostener mi trabajo. La Facultad de Ciencias Sociales, el Instituto de Investigaciones y el CONICET. Por supuesto, cada historia tiene sus nombres y apellidos. En mis estudios doctorales tuve el privilegio de estar bajo la dirección de Ana Lía Kornblit, quien aceptó ser mi tutora, sin saber el trabajo que ese joven sociólogo le iba a demandar. Antes, durante y después de mis estudios doctorales participé en distintas cátedras, grupos de estudios y proyectos de investigación. Es fácil notar que en gran parte de ellos estuve acompañado por Ana Clara Camarotti y Mario Pecheny, sin duda han sido partícipes de mi formación. En estos años en el área de Salud y Población del Instituto es que no se investiga solo, se trabaja y discute en equipos. ¿Será que nos terminamos de formar como investigadores cuando somos conscientes de la tradición a la que pertenecemos? ¿cuándo nos reconocemos como tercera o cuarta generación de investigadores en ciencias sociales?

Este libro, que sintetiza el trabajo de los últimos cinco años, remite a distintas investigaciones y proyectos grupales. Se torna evidente que la orientación de mi trabajo no es sólo un asunto personal, forma parte de un modo de hacer investigación social y emerge de una densa zona de intercambio con investigadores, técnicos, profesionales, referentes comunitarios, gestores de programas, activistas, adolescentes y jóvenes. Las referencias bibliográficas a los trabajos de mis colegas y las producciones conjuntas son indicadores de un recorrido colectivo, en el

cual la ampliación del sistema de ciencia y técnica ha sido un factor decisivo al promover la formación doctoral. Las producciones conjuntas y las referencias bibliográficas a sus trabajos son indicadores de un recorrido colectivo, en el cual la ampliación del sistema de ciencia y técnica ha sido un factor decisivo al promover la formación doctoral.

La invitación de Pablo Vommaro para participar de esta colección fue una oportunidad para pensar cómo comunicar las producciones de las ciencias sociales, de qué manera presentar los estudios realizados.

De modo directo, retomo aportes de dos proyectos. El proyecto UBACyT 20020120300001 (2013-2015), bajo mi dirección como joven investigador, avanzó en la dirección de mis estudios posdoctorales del CONICET (“Cómo salir del barrio sin morir en el intento”: trayectorias biográficas de jóvenes marcadas por la desigualdad y la vulnerabilidad¹). En este proyecto participaron estudiantes y jóvenes graduados.¹

Luego de esa iniciativa, iniciamos junto a Gabriela Wald un estudio comparado en dos barrios del Gran Buenos Aires, en el cual asumimos como desafío estrechar el análisis de las trayectorias biográficas y la dimensión estructural e institucional del escenario social a partir de combinar técnicas cuantitativas y cualitativas (Capriati, Wald, Schwarzet *al* 2017; Wald, Capriati, Pecheny *et al* 2017). Este estudio contó con un subsidio de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (MINCyT) al proyecto titulado “Heterogeneidades en sectores populares. Escenarios de inclusión-exclusión y trayectorias biográficas en adolescentes y jóvenes de dos partidos del Gran Buenos Aires, Argentina”, ejecutado entre 2016 y 2018.

En el trabajo conjunto con Gabriela Wald hemos puesto en diálogo nuestras líneas de investigación en una perspectiva comparada entre barrios del Gran Buenos Aires: Villa Fiorito, en el partido de Lomas de Zamora, y Santa Rosa y San Francisco, en Morón. En esta iniciativa contamos con la colaboración de Matilde Schwarz, becaria del proyecto,

1. Daniela Yastrubni, Florencia Falter, Ignacio Saud, Marina Marchesi, NatalíIní, Lautaro Barriga, Pablo Barco, Bárbara Salum Morales, Sofía Rodríguez Ardaya, Matilde Schwarz, María Sol Rshaid y Belén Piñero colaboraron en distintas tareas de la investigación, actividades de campo, procesamiento del corpus empírico y discusiones de los primeros resultados.

y un equipo amplio y de trabajo.² El compromiso del grupo con el plan de trabajo hizo posible el procesamiento de distintas bases de datos, las recorridas para el relevamiento comunitario, la realización de 22 entrevistas a informantes clave, 1 grupo de discusión y la confección de 16 relatos de vida a varones y mujeres jóvenes, que implicaron 36 entrevistas. Ahora se viene el trabajo más arduo y creativo: poner en diálogo los corpus empíricos, interrogarlos teórica y políticamente.

Ambos estudios se inscriben en una línea de trabajo producida en el área de Salud y Población del Instituto de Investigación Gino Germani. Subrayo como antecedente la investigación dirigida por Pablo Di Leo y Ana Clara Camarotti, en la cual se interrogaron por las nuevas formas de individuación en jóvenes de sectores populares desde el enfoque biográfico. Investigación que dio lugar a un libro titulado “Quiero escribir mi historia: vida de jóvenes en barrios populares” (Di Leo y Camarotti, 2013). La generosa invitación a participar de ese proyecto fue de gran valor en mi trayectoria académica.

Ninguna de las investigaciones hubiera llegado a buen puerto sin la colaboración de decenas de personas, técnicos y profesionales de escuelas, centros de salud, organizaciones sociales y centros comunitarios. En el proyecto en curso, la Fundación Che Pibe y el Centro Educativo Complementario N° 805, Villa Fiorito, Lomas de Zamora, han facilitado el acceso al barrio y los contactos para las entrevistas. Sin duda, las conexiones entre universidad y redes comunitarias pueden mejorar la formación de estudiantes y contribuir con recursos técnicos las mesas barriales y fortalecer las redes comunitarias. Es justo reconocer que las ideas que comparto en este libro deben tanto a los libros y las discusiones en el Instituto como a los encuentros celebrados en escuelas, centros de salud, servicios de protección y centros barriales en distintos barrios del país junto a técnicos, profesionales, referentes comunitarios, gestores de programas, activistas, adolescentes y jóvenes.

Por último, el más afectuoso agradecimiento para cada una de las personas que entrevistamos. La producción de datos biográficos es una instancia afectiva, se trata de escuchar las cosas que marcaron sus vidas. Para mí y para el equipo de investigación ha significado la

2. Bianca Gentinetta, Cintia Hasicic, Bárbara Salum, Victoria Weisbrot, Sofía Rodríguez Ardaya, Natalíni, Santiago Parrilla, Francisco González, Martín Di Marco, Julián Asiner y Mariela Weisbrot.

oportunidad de conocer personas maravillosas y estamos agradecidos porque nos hayan abierto las puertas para conocer aspectos de su vida privada. Si aconteciera la lectura de este trabajo por alguna de las personas entrevistadas, espero que encuentren este texto respetuoso de sus vivencias.

En la investigación social la relación del investigador con el tema de estudio está cargada de afecto, el tema interesa porque dan rabia las injusticias que tornan inviables ciertas vidas. ¿Será que el estudio de las infancias, adolescencias y juventudes nos atrae tanto por la ilusión de un nuevo comienzo diferente a la opresión? Si ellos y ellas tienen derechos, nosotros tenemos obligaciones y responsabilidades.

Teorías, datos y debates

Cuando se habla de salud en la adolescencia o juventud, por lo general, la atención se dirige hacia tres temas: el embarazo, las drogas y las agresiones. Indudablemente, la vida sexual y reproductiva, el consumo de alcohol y otras drogas, y las violencias demarcan áreas centrales en la vida de adolescentes y jóvenes, indican puntos de partida.³

No obstante, resta definir lo más importante: ¿cuándo y para quién el embarazo o el consumo de drogas es un problema; cuáles son las agresiones que se etiquetan como problemáticas? ¿De qué modo y quiénes definen los criterios que demarcan cuándo una situación o una práctica es evaluada como un problema? ¿En qué se basan tales criterios? ¿En las costumbres y los valores? ¿En la evidencia científica, la medicina, el derecho? ¿En qué medida esas definiciones incorporan las voces y experiencias de las personas jóvenes en su diversidad?

Estas preguntas no son de la clase de interrogantes que se responden de modo afirmativo o negativo, funcionan como llamados de atención que acompañan la totalidad de la práctica de investigación y son alertas de máxima relevancia cuando investigamos sobre juventudes, intervenimos en cuestiones de salud o participamos en debates públicos.

Los temas que abordo a lo largo del libro no se limitan a las prácticas juveniles, están vinculados con políticas de gobierno, tratados internacionales de derechos humanos y agendas de investigación. Y por supuesto, son categorías que se movilizan más allá de esos ámbitos, emergen en los debates públicos sobre la cuestión social, en las con-

3. El presente capítulo retoma fragmentos del artículo: Capriati, A. (2018) Lluve sobre mojado: desigualdades sociales y vulnerabilidades en salud en la adolescencia y juventud, en *Rev/ISE*, vol. 12, año 12, p. 117-133.

troversias sobre la explicación de la pobreza y la falta de hábitos de cuidado en la adolescencia y juventud.

Hace cincuenta años, Becker sugería que la mayoría de la investigación sobre juventud estaba diseñada para descubrir por qué ésta era tan molesta para los adultos, “antes que interrogarse la igualmente válida pregunta sociológica: ¿por qué los adultos se hacen tanto problema con la juventud?” (1967:242, traducción propia).

La conversión de los problemas sociales, definidos por la agenda de los medios de comunicación y las urgencias políticas, en objetos de estudio tiende a recortar de modo arbitrario aspectos de la realidad como “los jóvenes violentos y descontrolados” o “las madres adolescentes” (Lenoir, 1993). Por lo general, estas definiciones, apoyadas en prejuicios, construyen explicaciones que culpabilizan a las propias personas por su propia desgracia, a partir de un mandato de hiper responsabilización individual.

Como científicos sociales, paradójicamente, solemos llegar tarde al debate: desconocemos que las discusiones están en curso y los términos iniciales del debate ya están planteados. Sobre el tema de estudio del presente libro existen decenas de imágenes y explicaciones.

Quiero continuar este capítulo con la reconstrucción de una matriz discursiva que se caracteriza por apelar de modo reiterado a la ciencia como fuente de legitimación de sus proposiciones sobre la reproducción de la pobreza y la capacidad cognitiva de niños y niñas. Piezas de este discurso suelen aparecer dispersas en periódicos o noticieros, rara vez aparecen todas juntas en la conferencia de algún experto.

Alarmas y amenazas por la calidad de las personas

El punto de partida de este discurso es la alarma por el crecimiento demográfico de la población en el país, los efectos de la asistencia social y la proyección de futuros adultos con capacidad mental disminuida y educación insuficiente.

Desde los términos de este discurso, el crecimiento demográfico se genera a expensas de la población pobre: las mujeres pobres tienen más hijos que sus pares no pobres. La asignación universal por hijo, la asignación por embarazo, las pensiones a madres de siete hijos estimulan que las mujeres pobres tengan más hijos. En promedio, las mujeres

pobres duplican la cantidad de hijos por familia de las mujeres no pobres. Como el ciclo entre las generaciones de familias pobres es más corto: el crecimiento de los pobres sobre los no pobres es aún mayor.

En el marco de este discurso, la alarma se convierte en amenaza cuando se comprende que los chicos concebidos en una madre mal nutrida ya tienen desde el embarazo un coeficiente intelectual bajo. Estos chicos, en su mayoría no deseados ni esperados, no reciben estímulos, la mitad vive en hogares violentos, en barrios con pandillas y consumen drogas. Tienen menor sustancia gris, disminuida la superficie del cerebro y reducida las conexiones inter-neuronales. Como la plasticidad del cerebro se produce de modo decisivo en los primeros cinco años de vida, el déficit cognitivo en los chicos pobres es irreversible más allá de los esfuerzos nutricionales. Está asignado su futuro, tuvieron la desgracia de nacer en un lugar carenciado, con alimentación deficitaria. Su cerebro les impide competir con sus pares, no pueden alcanzar una profesión o un trabajo digno. Serán perdedores, desocupados y resentidos. Muchos abrazarán el delito.

Este diagnóstico se vincula con propuestas de acción diferenciadas según alcance temporal. A largo plazo, se promueve una educación que fomente la procreación responsable y permita dignificar la vida. Pero ese cambio cultural demanda décadas y el panorama es dramático: desde esta matriz discursiva, se considera que un país como Argentina no dispone de los recursos suficientes para cubrir una alimentación adecuada ni garantizar educación a esa población. Por ello, se postula como opción instaurar controles de natalidad, retomados de la experiencia china. Se recomienda implementar incentivos económicos inversos: brindar apoyo económico a familias con dos o menos hijos, eliminar la asignación universal después del segundo hijo y suprimir planes para familias numerosas.

Si bien este discurso no se produce en un centro de investigación o ámbito académico, sus principales argumentos se fundamentan en supuestos datos científicos. En ocasiones, sus voceros son hombres de la medicina.

Es llamativo que como propuesta de acción se recupere la política de control de natalidad de la República Popular China. El gigante asiático, el país con mayor población del mundo, implementó desde 1980 y por más de 30 años una política de hijo único para cada familia urbana y dos hijos en el caso rural. Esta política ha despertado intensas con-

troversias por las formas intrusivas de anticoncepción y la realización de abortos forzosos. En años recientes el Comité Central del Partido Comunista permitió para el plan quinquenal 2016-2020 la libertad para todas las familias de tener dos hijos.

También es llamativo en este discurso el completo desconocimiento de la Convención Internacional de los Derechos del Niño, firmada en 1989 por la Asamblea General de las Naciones Unidas, elemento ineludible en la discusión global sobre infancia y adolescencia.

A lo largo del capítulo, mientras describo indicadores relativos a la población joven o analizo enfoques de estudio se aprecia lo falaces e inexactos de los argumentos de este tipo de discursos y su pretensión de cientificidad. Por supuesto, frente a este tipo de discursos lo importante no es contrastar dato por dato, sino reflexionar sobre las implicancias y las consecuencias de esta matriz discursiva.

Datos demográficos y epidemiológicos

En Argentina, de los 40 millones de personas que residían en el año 2010, un 33.6% tenía entre 10 y 29 años de edad (INDEC). Este dato debe situarse en el proceso de envejecimiento que experimenta la población argentina: en términos relativos cada vez hay más personas en edad avanzada que personas menores (Binstock y Cerruti, 2016).

La población entre 0 y 14 años ha reducido su relevancia relativa y, por primera vez en la historia argentina, se documentó una disminución de sus números absolutos entre 2001 y 2010 (Binstock y Cerruti, 2016). El descenso del peso relativo de la población de niños, niñas y adolescentes (0 a 19 años de edad) está vinculado con el proceso de transición demográfica, iniciado el siglo pasado (Govea Basch, 2015).

Un indicador convencional para describir y comparar las condiciones de vida y el desarrollo humano de los países es la esperanza o expectativa de vida. Si bien la expectativa de vida de la población argentina se encuadra en niveles que corresponden a los de países de altos ingresos, existe una profunda heterogeneidad en las condiciones sanitarias de la población, tanto a nivel micro, al observar individuos en distintos estratos de la estructura social, como a nivel regional, con notables diferencias en los indicadores de salud entre provincias según sus niveles de desarrollo (Binstock y Cerruti, 2016).

Las desigualdades en las probabilidades de supervivencia es una de las expresiones de las diferencias sociales (Binstock y Cerruti, 2016). Las personas pertenecientes a los estratos de ingresos más bajos como así también quienes tienen menor nivel educativo tienen expectativas de vida menores que aquellos ubicados en los estratos más altos y con mayor nivel educativo (Manzelli, 2014).

La estructura y nivel de mortalidad de la población adolescente presenta características diferenciales del resto de la población (Martínez y Santoro, 2016). Si bien la mortalidad durante la adolescencia es baja en comparación con otros grupos etarios, hay dos aspectos distintivos: la alta proporción de muertes relacionadas a causas consideradas evitables y la sobre mortalidad masculina (Govea Basch, 2015). La sobre mortalidad masculina, presente en todas las edades, es significativamente mayor en la franja etaria 15-35 años.

El perfil de mortalidad adolescente (10-19 años) está asociado a la prevalencia de las violencias intencionales (suicidios y agresiones) y los accidentes, en particular los de tránsito, agrupadas bajo la categoría causas externas de mortalidad, de acuerdo a la Clasificación Internacional de Enfermedades y Problemas de la salud (CIE-10). Con relación a la morbilidad, la mayoría de los egresos hospitalarios remiten a las mujeres por los controles del embarazo, el parto y puerperio; luego, aparecen urgencias por traumatismo, envenenamiento u otras consecuencias de causas externas (Unicef, 2017).

Entre los años 2010 y 2015 más de la mitad de las defunciones adolescentes fueron por causas externas (Martínez y Santoro, 2015).⁴ Al observar su comportamiento según el Índice de Necesidades Básicas Insatisfechas de cada provincia del país se aprecia un alto grado de desigualdad. Por cada suicidio ocurrido en una jurisdicción de buena situación económica, se produjeron cinco de personas residentes en las jurisdicciones con peores condiciones socioeconómicas. En el mismo sentido, la tasa de mortalidad por agresiones de las jurisdicciones menos favorecidas fue el doble de la registrada en las jurisdicciones con mejores condiciones (Martínez y Santoro, 2015).

4. Mientras en la población general, las causas externas representan alrededor del 5%, entre los adolescentes representaron en 2012 el 59% del total de defunciones (Govea Basch, 2015).

Si analizamos un período más extenso, de 1990 a 2010, y nos concentramos en un rango más amplio de edad, por ejemplo entre los 10 y los 29 años de edad (Spinelli, Alazraqui, Osvaldo y Capriati, 2015), se constata en general la misma tendencia. La amplitud del período permite registrar tendencias temporales y la incidencia de sucesos coyunturales. La tasa de mortalidad por agresiones en 1992 era 4,9 cada 100.000 habitantes; diez años más tarde trepa a 9,4 cada 100.000 habitantes. El crítico 2002 registra la tasa más alta del período: duplica los valores de inicio del período. Los años 2001 y 2002 expresaron un agravamiento de las condiciones de supervivencia de la población argentina en general y la población joven en particular, altas tasas de desocupación, precarización de las condiciones de empleo, aumento de la violencia estatal.

Si bien la tasa de mortalidad por suicidios presenta un rango de valores similar a la tasa de mortalidad por agresión, su comportamiento es diferente. Entre 1990 y 2010 la tasa de mortalidad por suicidio varía entre el 4,4 y el 9,4 cada 100.000 habitantes. La tasa de suicidio crece de modo sostenido entre 1997 y 2003, luego, a partir de 2004 permanece estable, no retrocede lo que había subido durante siete años consecutivos. Se mantiene en valores que duplican a los registrados en el comienzo del período.

Esta información traza un diagnóstico parcial, brinda una descripción de la tendencia de la tasa de mortalidad. Si bien nos detuvimos en la mortalidad por accidentes, suicidios y agresiones, las tres primeras causas, restaría la descripción de las tasa por tumores y de las enfermedades del sistema nervioso central, del sistema respiratorio, del sistema circulatorio, infecciosas y parasitarias, entre las siguientes cinco causas según recurrencia.

Ahora bien, si bien son muchos los estudios e indicadores relativos a la sexualidad y la vida, el consumo de tabaco, alcohol y otras drogas, el presente capítulo no tiene como objetivo realizar un diagnóstico de la situación de salud de la población adolescente y joven. El eje está centrado en los interrogantes que orientan las investigaciones y el reconocimiento de sus límites y aportes. La propuesta es distinguir entre una matriz individualista y una matriz estructural y programática.

Matriz individualista

La versión más convencional de estos estudios ha dedicado considerables esfuerzos a describir la adopción de comportamientos arriesgados para la salud a partir de atributos individuales, el nivel de conocimiento sobre una enfermedad o la actitud hacia la prevención y los hábitos saludables. También se suelen determinar los factores de riesgo asociados a los malos hábitos alimentarios, el inicio del consumo de alcohol, la conducta antisocial, al intento de suicidio o el embarazo.

Por ejemplo, García Odio y González Suárez (2018) analizan los factores de riesgo asociados al embarazo en adolescentes que se atendieron en un policlínico universitario de la ciudad de Nueva Gerona, Cuba. A partir de un estudio descriptivo, de corte longitudinal y prospectivo, realizaron encuestas a 23 embarazadas adolescentes y los datos obtenidos fueron procesados de forma computarizada y aplicaron medidas estadísticas de distribuciones de frecuencia y porcentaje. Distinguieron los factores de riesgo según niveles. En los factores de riesgo psicológicos identificaron la incapacidad para entender las consecuencias de la iniciación precoz de las relaciones sexuales; entre los individuales: dificultad para planear proyectos futuros; en los familiares: escasa comunicación entre la familia y la adolescente; en los socio-económicos: bajo per cápita familiar; en los culturales: bajo nivel educacional.

Estas investigaciones, realizadas por lo general desde las ciencias médicas, ponderan los factores de riesgo y documentan las diferencias en la adopción de determinados comportamientos. En este tipo de estudios se analiza las probabilidades de que un evento ocurra e identifican subgrupos poblacionales expuestos a riesgos más elevados. Si bien la noción de riesgo refiere a una medida de probabilidad, es frecuente la confusión en la interpretación de dicha medida como si denotara una condición social y refiriera a un determinado grupo.

Otros tipos de estudios analizan la asociación entre el nivel socioeconómico y la salud y se interrogan por los gradientes de esa relación al examinar cómo operan variables sociales como ingresos, ocupación, raza, etc.

Tradicionalmente, estos estudios anglosajones tendieron a enfatizar la influencia general del status socioeconómico (SES, Social Economic Status, por su sigla en inglés), pero los aportes recientes desconfían de la pertinencia de abordarlo como un concepto unificado, en tanto cada

dimensión actúa distinta, con mecanismos específicos (Cutler, Muney y Volg, 2012). Por ejemplo, fluctuaciones positivas en el ingreso en períodos cortos aparece asociado con reducción de la salud, mientras que incrementos en el ingreso y la riqueza en tiempos más prolongados están correlacionados con mejores indicadores de salud.

A partir de una revisión de las investigaciones en países industrializados, realizadas entre las décadas de los noventa y del 2000, Cutler, Muney y Volg analizan cómo los comportamientos de la educación, los recursos financieros, el rango social y la raza varían entre sí como así también difiere su influencia según la fase del curso de vida. Así, constatan que durante la infancia, los recursos de los padres como nivel de ingresos o nivel de educación tienen un potente efecto en la salud de sus hijas o hijos. Ahora bien, pasada la infancia, el efecto de los recursos económicos o la riqueza en la adultez no juega un papel tan determinante. En cambio, la educación sí continúa teniendo poder explicativo en las distintas etapas del curso de vida. Se configura un círculo de determinaciones con un componente intergeneracional: los niños de familias con buenos recursos económicos son más sanos, los niños sanos logran una mejor educación, el mayor nivel educativo les brinda facilidades en la vida laboral adulta y mejores ingresos financieros. La otra cara de este mismo proceso da cuenta de las desventajas (Cutler, Muney y Volg, 2012).

Por otro lado, quiero destacar los estudios que han pesquisado la influencia del barrio en la situación de salud y bienestar de niñas, niños y adolescentes y han producido evidencia sobre la asociación de problemas de salud con las características de la comunidad y los barrios (Sampson, 2003). Si bien estos trabajos documentan los efectos negativos de vivir en un barrio pobre o segregado a partir de la medición de las diferencias entre áreas pobres y ricas en relación con el riesgo de bajo peso al nacer, el maltrato infantil y el abuso, el embarazo adolescente y la criminalidad (Leventhal y Brooks-Gunn, 2000), esta evidencia suele estar asociada con falacias ecológicas o individualistas (Sellström y Bremberg, 2006). Con el propósito de sortear esta limitación, los estudios con técnicas multiniveles contribuyen a precisar la importancia del barrio como factor contextual en la salud, en tanto separa los efectos del barrio de los de la familia.

A partir de una revisión sistemática de estudios multinivel en áreas pequeñas (hasta 4000 habitantes) en países de altos ingresos, realizados entre 1990 y 2003, Sellström y Bremberg constatan empíricamente

la asociación del factor barrio en sí mismo con la salud, con independencia del tipo de hogar o grupo familiar: nacer en un barrio pobre y/o segregado duplica las chances de nacer con bajo peso y de pasar por situaciones de violencia. El riesgo de nacer con bajo peso, pasar por situaciones de violencia o tener problemas de comportamiento es analizado según tipo de barrio de acuerdo a su nivel socioeconómico (nivel de pobreza, segregación) y el clima social (soportes, tasa de crímenes, asociaciones voluntarias activas).

Estos estudios generan evidencia para ponderar factores de riesgo, analizar la influencia del nivel socioeconómico y del tipo de barrio de residencia. Brindan información para planificar acciones de salud y valorizan las intervenciones en educación y barrios desfavorecidos como estrategias para reducir los riesgos en la salud de niños, niñas y adolescentes.

Para pensar las prácticas de prevención y promoción de la salud, resulta fecundo superar la factorización de los determinantes contextuales en la explicación de las vulnerabilidades (Ayres, Paiva y Cassia, 2018:26). Para avanzar en el conocimiento de las mediaciones entre los procesos estructurales, las instituciones y las prácticas de cuidado de las personas y las comunidades recupero aportes de la teoría social, de los estudios sobre juventudes y del enfoque de vulnerabilidad y derechos humanos. Se trata de habilitar una perspectiva más amplia que considere las prácticas de las personas en el entramado de sus relaciones y trayectorias sociales, prestando especial atención al impacto del Estado y las relaciones entre salud y derechos.

Matriz estructural y programática

Para desplazar el foco hacia lo estructural y programático en el estudio de la salud en la adolescencia y juventud, recupero una diversidad de enfoques que tienen como denominador común evitar constatar *ad nauseam* la relación entre variables socio económicas o demográficas y los riesgos de tener bajo peso al nacer, padecer situaciones de violencia o tener problemas de comportamiento, parafraseando a Castro y Bronfman (1999).

En esta matriz alternativa, se abre un ángulo de observación diferente del análisis de riesgo o la descripción de comportamientos. El interro-

gante está puesto en las condiciones o relaciones capaces de producir malestar o bienestar en las personas, grupos sociales y comunidades, adaptando la definición propuesta por Kornblit (2010b). Es una perspectiva más amplia que el análisis centrado exclusivamente en lo individual, distinta del estudio del comportamiento de una persona y su normalidad morbo-funcional. En esta matriz la definición de salud rebalsa las definiciones médicas convencionales, se habilitan otras preguntas y posibilitan marcos de acción alternativos en prevención y cuidado.

El interés está centrado en estudiar los fenómenos sociales en su conexión con la estructura social, el Estado y las instituciones. No obstante, sería un error pensar que desde esta perspectiva se desconoce la importancia de una conducta de riesgo o niega la relevancia de sus consecuencias (Parker y Aggleton, 2003). Se trata de una aproximación que considera las prácticas de las personas en el entramado de sus relaciones sociales, prestando especial atención al impacto del Estado, tanto por su acción o su omisión (Pecheny, 2013).

Los enfoques en salud que toman como referencia los derechos humanos observan las obligaciones del Estado. Los organismos internacionales de salud reconocen tres relaciones que se establecen entre la salud y los derechos humanos: las políticas y los programas sanitarios pueden promover los derechos humanos o violarlos, según la manera en que se formulen o apliquen, la violación o la desatención de los derechos humanos pueden tener graves consecuencias para la salud, la vulnerabilidad a la mala salud se puede reducir adoptando medidas para respetar, proteger y cumplir los derechos humanos (OMS 2002:8). La utilización de estos marcos en la región de América Latina ha dado un conjunto amplio de contribuciones: desde el incremento de la supervisión de los sistemas de salud y el mejoramiento de la calidad de la atención de los establecimientos de salud, hasta la reasignación del presupuesto de salud para mejorar equidad y no discriminación, la denuncia por violaciones a los derechos humanos, pasando por la apropiación del acceso a una atención de calidad como derecho político (Yamin y Frisancho, 2015).

Un ejemplo positivo entre derechos y salud está documentado por el impacto de políticas sociales de equidad intergeneracional como la Asignación Universal por Hijo (AUH), al medir los efectos positivos de la transferencia de ingresos. Implementada en 2009, la AUH amplió el régimen de protección social dirigido a la población infantil en situación

de vulnerabilidad. A partir de una evaluación cuasi-experimental, Salvia, Tuñón y Poy diseñaron un estudio que les permitió comparar una muestra de niños/as y adolescentes beneficiarios de AUH con otra muestra de no participantes de ningún programa de transferencia de ingresos, en el período 2010-2012 (2014). En comparación, la participación en el programa de AUH disminuyó: un 35% el riesgo de pobreza extrema, casi un 20% el riesgo de inseguridad alimentaria, más de 60% el riesgo de no asistencia escolar, un 14% el riesgo de realizar un trabajo por motivos económicos.

Al estudiar la cuestión juvenil en general o los procesos de salud enfermedad desde el enfoque de vulnerabilidad y derechos humanos no se aspira sólo a reconstruir totalidades comprensivas. Desde este marco, los análisis están atravesados por el interés en las acciones del Estado. Por ejemplo, las políticas de drogas, predominantes en Argentina y en gran parte de América Latina, manifiestan acciones estatales de producción de vulnerabilidad, como analizamos junto a Ana Clara Camarotti. (2018). En Argentina 6 de cada 10 mujeres detenidas en cárceles federales lo están por delitos de drogas (Procuración Penitenciaria de la Nación, 2014). Estas mujeres en su mayoría son madres y jefas de hogar, ocupan roles menores y fungibles dentro de las actividades de tráfico. Las mujeres encarceladas se enfrentan a un lugar violento y empeoran sus condiciones de salud. El castigo las trasciende y afecta a sus allegados: en tanto son ellas quienes realizan la mayor parte de los cuidados domésticos, el encierro aumenta la vulnerabilidad de su núcleo familiar y la situación de desamparo de sus hijos. Se trata de una nueva víctima del sistema selectivo de administración de los ilegalismos en torno a mujeres pobres, su encarcelamiento no interrumpe la cadena del comercio de las drogas, solo agrava sus condiciones de vulnerabilidad (CELS, Ministerio Público de la Defensa y Procuración Penitenciaria de la Nación, 2011)

Ahora bien, al mismo tiempo que se penaliza el uso y tenencia de sustancias ilegalizadas se generan dispositivos públicos y comunitarios para revertir las consecuencias de los consumos problemáticos de drogas. A simple vista, podrían salvarse las incongruencias, podría esgrimirse que la penalización tiene la vocación de desalentar una práctica, mientras que los dispositivos abordan la situación de la población que ya consume. Sin embargo, el fracaso de las políticas de drogas abstencionistas y punitivas tiene datos contundentes: aumento del consumo de la mayoría de las sustancias, incremento de la violencia y falta de

atención adecuada a las personas dependientes (Capriati y Camarotti, 2018). A nivel territorial, las diversas lógicas estatales coexisten y entran en conflicto, especialmente en los barrios más desfavorecidos, en los cuales se concentran las mayores privaciones sociales y circulan las peores sustancias. El trabajo diario que realiza un técnico o un referente comunitario durante meses con un joven usuario de drogas para incorporar prácticas de cuidado, se ve absurdamente interrumpido por una detención policial por tenencia de droga para consumo personal. Así, las estrategias que lleva adelante un equipo de un centro barrial para reducir los efectos perjudiciales del consumo y promover el cuidado de la salud chocan con la criminalización de los jóvenes usuarios.

Si bien son muchos los ejemplos en que la acción del Estado es productora directa de vulnerabilidad por su acción, hay que prestar atención también al impacto por omisión o negligencia, en relación con sus obligaciones y las posibilidades de intervención, ya sea en acciones de prevención, promoción o restitución de derechos. Por ejemplo, una de las acciones más relevantes para promover la salud y los derechos en la adolescencia es reducir la heterogeneidad en la implementación de la Educación Sexual Integral en todas las escuelas. Si bien la Ley 26.150 creó en el 2006 el Programa Nacional de Educación Sexual Integral y aprobó sus lineamientos curriculares, su efectiva implementación depende del compromiso de cada provincia y de cada escuela. Una muestra de estos obstáculos es lo que acontece en distintas localidades de los Valles Calchaquíes, alejadas de sus respectivas capitales, en las que persiste la práctica en la cual el director solicita autorización a los padres para brindar clases de educación sexual integral.

Esta aproximación más amplia es decisiva al estudiar fenómenos vinculados con la población joven, particularmente cuestiones vinculadas con salud. Las descripciones de los comportamientos escindidas de su contexto tienden a reforzar interpretaciones que los culpabiliza por no adherir a hábitos saludables.

Por el contrario, un foco de aproximación amplio permitiría evitar reproducir una ideología que culpabiliza a las propias personas por su falta de cuidado, al incorporar en el estudio las fuerzas que se ejercen sobre la vida de las personas y que inciden en sus trayectorias sociales. Estas fuerzas, fundadas en procesos históricos y económicos, asumen formas como el racismo, el sexismo, la violencia política y la pobreza, que tienden a erosionar la capacidad de las personas para tomar deci-

siones sobre sus vidas (Arachu Castro y Farmer, 2003) y restringen los campos de posibilidades de las prácticas autónomas, a nivel individual, comunitario y colectivo.

En el marco de esta matriz estructural y programática quiero describir el anclaje teórico para comprender las relaciones entre las personas y su contexto, los procesos que afectan la salud y vulneran los derechos de adolescentes y jóvenes. Sin conceptos, como afirma Becker (2009), no sabemos qué observar, no tenemos pistas sobre qué estamos buscando ni tenemos criterios para reconocer algún resultado o hallazgo relevante.

Las coordenadas conceptuales que presento tienen como propósito enmarcar el estudio de la salud y los derechos en la adolescencia y juventud a partir de las relaciones entre las desigualdades, las vulnerabilidades y los soportes como una estrategia para dar cuenta de las relaciones entre los aspectos subjetivos y objetivos del mundo social.

Singularización de las experiencias

El punto de partida refiere a un nudo problemático de la teoría social: el modo en que definimos el contexto y pensamos al sujeto. La antinomia individuo o sociedad, heredada del proceso formativo de las ciencias sociales, al igual que la oposición estructura— acción, entre otras, ha sido objeto de revisiones con implicancias en el modo de concebir al individuo y las estructuras sociales (Charry y Rojas Pedemonte, 2013). Estas oposiciones han alentado una comprensión del mundo dicotómica: objetiva o subjetiva, colectiva o individual; y han generado también una polaridad metodológica (Corcuff, 2013).

El desfasaje entre las experiencias subjetivas y las procedencias colectivas y la imposibilidad de comprender las acciones de las personas solo a partir de su posición social han sido algunos de los nudos críticos de las revisiones que han puesto de relieve el impasse teórico de las explicaciones que no atienden a la singularización creciente de las experiencias (Martuccelli, 2007). Las nuevas sociologías han desplazado su objeto hacia el estudio de las relaciones sociales: desde las relaciones más inmediatas como las interacciones cara a cara hasta las interdependencias mayores como las estructuras sociales y los universos objetivos, forjados en las relaciones y soportes de las mismas (Cor-

cuff, 2013). De este modo, las relaciones sociales son pensadas como constitutivas tanto de los individuos como de los fenómenos sociales.

De acuerdo con el planteo de Martuccelli (2007), el interrogante gira en torno a los modos en que se estructuran los fenómenos sociales a nivel de las experiencias personales, con el interés centrado en las consecuencias a escala de los actores de los cambios históricos. Es un modo de abordar el estudio de los cambios societales a partir del proceso de constitución del individuo.

Una de las principales tareas de las ciencias sociales, como plantea Corcuff (2013), radica en problematizar el cambio de escalas en el estudio de las relaciones sociales: poder ir de lo micro a lo macro y de lo macro a lo micro. Atender a las dimensiones individuales y colectivas de la vida social, sin desconocer las diferencias entre las distintas cristalizaciones de la vida social. La teoría social enfrenta el desafío de producir explicaciones en las cuales no se subestime el peso de los determinantes ni se niegue la capacidad de las personas y la movilización de los grupos sociales. Como afirma Martuccelli, ni reducir el análisis al nivel del actor, ni aceptar la idea de una sociedad sin estructura.

Hacia fines de los años sesenta del siglo pasado, Mills explicaba que ni la vida de un individuo ni la historia de una sociedad podían entenderse sin comprender ambas cosas y situaba la tarea del sociólogo en captar la relación entre la historia y la biografía (2003).

Escenario social

Las discusiones de la teoría social, apenas esbozadas, no son ajenas al estudio de los procesos de salud - enfermedad - atención y cuidado en la adolescencia y juventud. Tener que salir a trabajar a los 10 años de edad, padecer maltratos familiares, tener un consumo problemático de drogas, no son eventos azarosos, remiten a determinados trayectos sociales, posibles en determinado escenario social. Son diversos los esfuerzos teóricos y metodológicos que analizan procesos y mecanismos para echar luz sobre la influencia del escenario social, su relación con la pobreza y las desigualdades, entre otros aspectos.

Un polo de producción de conocimiento son los estudios para medir la pobreza multidimensional infantil realizados en las últimas tres décadas. Desde centros de investigación -como la Universidad de Bristol (Gordon et al., 2003) y la Universidad de Oxford (Oxford Poverty&

Human Development Initiative, OPHI), y agencias de Naciones Unidas -como el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), se han desarrollado metodologías de medición de privaciones múltiples, vinculadas con normativas vigentes en nuestras sociedades (Tuñón y Poy, 2017). Estos estudios señalan las limitaciones que supone reducir las condiciones de vida al clásico concepto de pobreza, entendida como carencia monetaria o desigual distribución del ingreso. Hay acuerdo en la necesidad de analizar los múltiples procesos que inciden sobre los hogares y se reproducen por generaciones, erosionando las capacidades personales, familiares y comunitarias (Salvia, Musante y Mendoza Jaramillo, 2013).

En el caso de América Latina, el concepto de estructura de oportunidades, desarrollado desde la CEPAL, avanzó en la categorización de escenarios sociales según la superposición territorial de acceso diferencial a recursos y servicios como infraestructura, servicios domiciliarios, condiciones de la vivienda, entorno ambiental, servicios de cuidados a la temprana infancia, educación, centros de salud, programas de empleo, centros juveniles. Son relevantes los estudios que aprecian las desigualdades al interior de demarcaciones geográficas como provincias y partidos.

En los Partidos del Gran Buenos Aires, ese territorio donde viven más de 10 millones de personas, de las cuales 1 de cada 4 son adolescentes y jóvenes de entre 10 y 24 años de edad (Indec, 2010), coexisten persistentes desigualdades sociales al interior de los mismos. Por ejemplo, la calidad de servicios básicos y la calidad constructiva de las viviendas presentan diferencias entre Villa Fiorito y su partido. Mientras que en Lomas de Zamora el 37% de la población tiene viviendas que no disponen de tenencia de agua ni desagües, en el barrio de Villa Fiorito donde vive Camila los déficits trepan al 62%.⁵ La calidad constructiva de las viviendas también traza diferencias: mientras en el partido de Lomas de Zamora el 62% refiere a viviendas que disponen de materiales resis-

5. Estos datos comparativos han sido elaborados por el Equipo del proyecto PICT a partir de la utilización del uso de Redatam del Censo Nacional de Hogares, población y viviendas (INDEC) para procesar información a nivel radio censal. EL barrio de Camila fue confeccionado a partir de dos radios censales contiguos.

tentes, sólidos y con la aislación adecuada, este porcentaje se reduce a un 32% en el barrio de Camila.⁸

A diferencia del concepto de pobreza unidimensional, circunscripto a un grupo privado de ingresos o bienes básicos, los estudios sobre pobreza multidimensional y desigualdades enfatizan la relación entre el cumplimiento de los derechos y la promoción de bienestar, resaltan el aspecto procesual del acceso a bienes y servicios y pone en conexión la cuestión social con los debates filosóficos y políticos (CEPAL; Kessler, 2014).

¿A qué aspiramos como sociedad? ¿Sobre qué principios de justicia social y ciudadanía? ¿Es posible que parte de la sociedad argentina considere inviable cubrir la alimentación en la infancia? ¿Es posible que festejen discursos que con un barniz de neurociencia certifican la capacidad cognitiva de la infancia pobre?

Por supuesto, la condición de pobreza afecta la regulación funcional del sistema nervioso central y periférico, verificable a diferentes niveles de organización (molecular, hormonal, activación neural, autorregulación y conducta) y puede modificar el sistema nervioso a corto, mediano y largo plazo (Doom y Gunnar, 2013, en Lipina y Segretin, 2015). La perspectiva neurocientífica aspira a comprender el alcance de los impactos de la deprivación material y simbólica y las posibilidades de intervención anticipada para proteger las oportunidades de desarrollo humano (Lipina y Segretin, 2015). El abordaje neurocientífico está asociado a la discusión ética sobre la violación de derechos humanos que implica la pobreza y realizan estudios que dan cuenta de la posibilidad de modificar tales impactos. La potencialidad de cambio inherente a la plasticidad neural, así como las diferencias individuales y las posibilidades de modificación del desarrollo autorregulatorio, documentan la heterogeneidad de los impactos de la pobreza (Lipina y Segretin, 2015). La pobreza no implica necesariamente déficit del desarrollo y su impacto no es homogéneo ni irreversible.

Indudablemente, crecer y devenir joven son experiencias profundamente diferentes según el lugar donde se nace. El tipo de entorno ambiental en el que se vive, la disponibilidad de agua segura, las condiciones de la vivienda y la infraestructura del barrio, la oferta educativa o la accesibilidad a los centros de salud son algunos de los aspectos que necesitamos considerar. Si no asumimos la relevancia de la dimensión territorial, vamos a seguir perdiendo de vista cómo las carencias, del mismo modo que los privilegios, se acumulan.

Por ejemplo, en el análisis de las brechas entre los barrios más y menos privilegiados de la región del Gran Buenos Aires emerge con fuerza la problemática ambiental de la cuenca Riachuelo Matanza, elemento decisivo al pensar las condiciones de vida que afectan la salud y el desarrollo de la población a lo largo de catorce municipios de la Provincia de Buenos Aires y los barrios ubicados del margen sur de la Ciudad de Buenos Aires. Además de las desigualdades en la cobertura de agua potable y saneamiento, hay una distribución desigual de los peligros ambientales (Merlinsky, 2017).

Las superposiciones de desigualdades sociales y ambientales configuran escenarios críticos para el desarrollo y la salud de adolescentes y jóvenes, en el cual, además de convivir con inundaciones, napas contaminadas, servicios básicos deficientes, tienen que hacer frente al estigma que acompaña a sus residentes. Residir en un barrio popular no significa solamente vivir en un área con pésimas condiciones de habitabilidad y escasa disponibilidad de servicios, refiere también a la experiencia del estigma. Sobre los prejuicios habituales de su localidad (“barrio peligroso” o “zona caliente”), se superponen lógicas discriminatorias que convierten a sus residentes, especialmente varones jóvenes, en sujetos sospechosos. “Pobres y vagos”, “negros y drogadictos” son las expresiones arquetípicas que concentran la peligrosidad en determinados cuerpos jóvenes. Hace más de 20 años, la antropóloga Reguillo alertaba cómo estas estigmatizaciones que definen a los jóvenes como el “nuevo enemigo interno”, generan una opinión pública que tiende a justificar las violencias policiales y violaciones de los derechos humanos.

De los esfuerzos teóricos y metodológicos descriptos se desprende que no es posible comprender un ingreso temprano al mercado laboral, una práctica de cuidado o una trayectoria de consumo de drogas solo por cuestiones actitudinales, de modo escindido de su entorno familiar, contexto social, regulaciones institucionales y papeles del Estado.

Este modo de entender la desigualdad social presenta una gran afinidad con el enfoque de vulnerabilidad y derechos humanos. A diferencia de la noción de riesgo individual, la vulnerabilidad hace foco en el contexto o escenario en el cual se desarrollan las prácticas de los sujetos (Ayres, Paiva, Buchalla, 2018), con el interés de comprender las sinergias entre los niveles y optimizar las intervenciones y prácticas de salud.

Vulnerabilidades en salud

Desde la formalización del modelo de la Historia Natural de la Enfermedad y los Niveles de Prevención a mediados de los años cincuenta del siglo veinte, se han generado desarrollos teóricos que han revisado las formas de entender las prácticas de salud como, por ejemplo, el énfasis desde los años setenta en la atención primaria de la salud y la nueva promoción de la salud, o el enfoque de vulnerabilidad y derechos humanos desde los años noventa, entre otros (Ayres, Paiva, Casia, 2018).

El análisis desde el enfoque de vulnerabilidad implica pensar lo individual, lo social y lo programático —aquello relativo al Estado— como dimensiones inseparables, en tanto debe considerarse su sinergia para generar políticas de prevención y promoción de la salud, o inversamente, de producción de vulnerabilidad, riesgo o daño (Ayres, Paiva, Casia, 2018). Con el interés en dar un paso más allá de la descripción de los rasgos generales de la desigualdad, se analiza la concreción de las relaciones de clase, género y generación en las escenas de la vida cotidiana, definidas como “*puerta de entrada*” al análisis de la vulnerabilidad (Paiva 2018:155).

El concepto de vulnerabilidad, definida como un conjunto de aspectos, individuales y colectivos, vinculados con una mayor susceptibilidad a padecer perjuicios y una menor disponibilidad de recursos para su protección (Ayres, Paiva, Buchalla, 2018), remite a tres dimensiones interdependientes. La *intersubjetividad*, entendida como la identidad personal construida en las interacciones con los otros significativos; lo *social*, definido como los espacios de experiencia atravesados por la organización política y económica, etc.; y lo *programático*, referido al conjunto de políticas, servicios y acciones disponibles (Ayres, Paiva y Casia, 2018).

Así, el objeto se sitúa en las relaciones sociales, base de las situaciones de vulnerabilidad, como las relaciones de género, las relaciones económicas y las relaciones generacionales. Se trata de pensar las prácticas de las personas en el entramado de sus relaciones sociales, con el interrogante situado en las escenas cotidianas, puerta de entrada para la comprensión de las necesidades y prácticas de cuidado de adolescentes y jóvenes, adaptando la definición de Paiva (2018).

Paradójicamente o no, el proceso histórico en el cual se ha generado el principal instrumento político y jurídico que regula el campo de

la infancia y la adolescencia corresponde con el desmantelamiento del Estado de Bienestar (Bustelo, 2011). En consecuencia, el fenomenal avance que significó la Convención Internacional de los Derechos del Niño (CDNI) al reconocer al niño como “sujeto de derechos” enfrentó Estados debilitados para garantizarle sus derechos y provocó tensiones entre la ley moderna y la cultura tradicional en los modos de regulación social. Con todas sus limitaciones y objeciones, la CIDN “implica la posibilidad concreta de terminar con toda una cultura de la discrecionalidad de los padres, los funcionarios, el poder Judicial y las ONG” (Bustelo, 2011:116). Se trata de un instrumento de mediación para avanzar en un proceso de democratización de las relaciones sociales entre niños y adultos (García Méndez, 2011).

Soportes

Además de la importancia de investigar la superposición de desigualdades y las vulnerabilidades en salud, el estudio de los soportes permite prestar atención tanto a los soportes mayores (protección social del trabajo formal, derechos sociales) como otros tipos de punto de apoyo.

Como se sabe, un modo clásico de pensar las condiciones capaces de producir bienestar refiere a las nociones tradicionales del término soporte, vinculadas con las condiciones socioeconómicas, los derechos sociales y el sistema de protección, tal como define Castel (1997). Sin desconocer que los derechos y recursos económicos son soportes mayores del individuo, retomo la definición amplia que incorpora las dimensiones sociales y existenciales de la noción de soporte, a partir de los desarrollos teóricos de Martuccelli (2007) y los aportes de Di Leo y Camarotti (2013).

El estudio de los soportes, en el sentido de Martuccelli, propone aprehender las capacidades existenciales y sociales del individuo de sostenerse en el mundo y comprender cómo se insertan los entornos sociales en las existenciales singulares, inscribiendo las historias de las personas en entramados particulares de interdependencias. Los soportes son modos en que los individuos se sostienen en la existencia. Pueden ser medios materiales e inmateriales, relaciones u objetos, experiencias o actividades diversas, que permiten a los individuos sostenerse frente a las más diversas circunstancias (Martuccelli, 2007).

Esta perspectiva abre el análisis a las dimensiones sociales y existenciales y deja abierto el carácter de los soportes. A diferencia de los recursos, son de tipo relacional, escapan al control unilateral y suponen vínculos intersubjetivos; pueden ser del orden afectivo, material o simbólico. Los soportes tienen distintas legitimidades y no siempre tienen la capacidad de funcionar como amortiguador social ante situaciones adversas o de crisis.

Una de las dificultades en el análisis de los soportes es la representación del individuo como autorrealización, imagen heroica y dominante de la cultura occidental, ilusión de un sujeto no dependiente (Martuccelli, 2007). Así, mientras personas y grupos en posición de privilegio (social, económico, cultural) tienden a poseer soportes invisibles, incrementando el sentimiento de un sujeto que se sostiene y realiza efectivamente desde el interior; los individuos en situación de fragilidad social, obligados a sostenerse en mayor medida desde el interior, paradójicamente son definidos como dependientes, en tanto sus soportes están vinculados con programas públicos. Tal como explica Di Leo *et al* (2011), el desarrollo de Martuccelli de una sociología de los soportes, implica una ruptura epistemológica con la concepción dominante del individuo moderno, ya sea con respecto a la imagen del individuo que se sostiene desde el interior o al imperativo del individuo soberano, figuras talladas a partir de los atributos de independencia y autonomía.

Juventudes, tan desiguales como diversas

Se torna evidente la crítica que han realizado los estudios sobre juventudes a los discursos sobre la adolescencia o juventud como si fuera un grupo social homogéneo, con vivencias similares. La noción de transitoriedad, vinculada con el concepto de “moratoria social” (Hall, 1915; Erikson, 1980), definía la juventud como una etapa de transición en la cual las personas gozan de una postergación de ciertas responsabilidades mientras se preparaban para la vida adulta. De acuerdo a esta definición, todavía muy difundida, la juventud –considerada como una mezcla entre madurez biológica e inmadurez social–, comenzaría en la adolescencia, anunciada con los cambios corporales y pasaría por cinco etapas: finalizar la escuela, comenzar a trabajar, abandonar el hogar familiar de origen, casarse y formar un nuevo hogar (Braslavsky, 1986). Así, la juventud sería un período que comenzaría en la adolescencia y

termina en el momento en el cual se incorporan pautas y criterios adultos, sea a los veinte o treinta años. Esta visión unitaria de la juventud, con una transición lineal y predecible a la vida adulta, conduce a un impasse en la comprensión de los múltiples trayectos de vida y torna intrascendentes los esfuerzos programáticos.

Las oportunidades de desarrollo humano y social en la población joven develan una sociedad argentina cada vez más estructuralmente desigual, con heterogéneos procesos de integración social (Poy, 2018; Tuñón, 2018). 1 de cada 10 jóvenes (entre 18 y 29 años de edad) reside en viviendas ubicadas en villas o asentamientos precarios; 4 de cada 10 no cuenta con estudios secundarios; 6 de cada 10 jóvenes ocupados carecen de un empleo pleno de derechos; casi 2 de cada 10 jóvenes se encuentran alcanzados por algún instrumento de política social, especialmente las transferencias asociadas a la infancia (Poy, 2018). Esta reciente fotografía panorámica de la población joven puede ser complementada con el mapa de las disparidades territoriales al observar qué escenario social se genera a partir de superposición territorial de las desigualdades. Por medio de un análisis de cluster elaborado a partir de indicadores disponibles en la información censal, Steinberg (2015) analiza las disparidades entre las provincias de Argentina y da cuenta de, por lo menos, siete contextos diferentes: desde jurisdicciones con condiciones sociales, económicas y culturales favorables, hasta jurisdicciones con condiciones socioeconómicas y educativas muy desfavorables asociadas con situaciones críticas de acceso a TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación) y a bienes culturales. Es importante resaltar las diferencias entre provincias, pero en un país como Argentina resulta indispensable también advertir la heterogeneidad existente al interior de cada una de ellas. En efecto, si el análisis trasciende las fronteras provinciales y se concentra en clasificar a las localidades del país, es posible identificar 26 contextos territoriales diferentes (Steinberg, Cetrángolo y Gatto, 2011). La heterogeneidad estructural y territorial echa por tierra cualquier ilusión de homogeneidad que suponen los límites de edad.

La condición juvenil como objeto de estudio incluye mucho más aspectos que los cambios biológicos. Remite a un conjunto de procesos de orden biológico, psíquico y social, constituidos en singulares entramados de relaciones de clase, género, cultura y generación, tal como lo ha analizado la tradición de estudios sobre juventudes en América Latina y Argentina. La pubertad y los cambios del organismo no se manifiestan

con un patrón único de desarrollo biopsicosocial: las transformaciones corporales, las orientaciones sexuales y las identificaciones de género ponen de relieve diversidad de experiencias y prácticas en los sujetos.

En los últimos veinte años, los estudios sobre género y juventudes han puesto en agenda las desigualdades entre varones y mujeres y han desmontado la presunción de heterosexualidad. Estos estudios tienen como telón de fondo los avances del feminismo desde los ochenta del siglo pasado: el feminismo ha generado notables impactos en la sociedad al poner en discusión las representaciones sobre las mujeres y cuestionar los privilegios masculinos, desde la retribución salarial hasta los estereotipos negativos de la mujer en los medios de comunicación. En las últimas décadas también han crecido los estudios sobre lesbianas, gays, transexuales y bisexuales (LGTB) y su interrogación en tanto generación joven.

Las vivencias juveniles en relación con las transformaciones corporales, la vida reproductiva o el acceso al trabajo asumen diferentes significados para mujeres y para varones, como así también develan una profundidad diversidad entre las maneras de ser mujer y los modos de ser varón. Las experiencias juveniles forman parte de los procesos menos o más tensos de identificación con un género determinado (Pecheny, 2008; Feixa, 1999). Si bien son transcendentales los cambios, tanto a nivel global como en Argentina, la persistencia estructural de la masculinidad hegemónica advierte sobre cualquier “ilusión de igualdad”, retomando la expresión de Mc Robbie (2013). La masculinidad hegemónica habita estructuralmente los cuerpos y creencias de los varones heterosexuales: impone la subordinación y conquista de mujeres como así también la discriminación de varones no heterosexuales (Connell, 1997).

Las y los jóvenes LGTB tienen como padecimiento específico los contextos estigmatizantes (Altman *et al*, 2012) y son particularmente vulnerables a enfermedades, como el VIH/sida y otras infecciones de transmisión sexual, a padecimientos de salud mental y situaciones de violencia (Pecheny, 2013). La presunción de heterosexualidad en temas de infancia y adolescencia refuerza la invisibilización de las discriminaciones y violencias sobre la infancia trans. En Argentina, la Ley de Identidad de género (26.743), sancionada en 2012, despatologiza y visibiliza la identidad trans en todas sus etapas, tanto en la adulta como en la infancia. De acuerdo con los datos de la encuesta sobre acoso en las escuelas secundarias en

Argentina, la primera causa refiere a características físicas y la segunda a cuestiones de diversidad sexual (Capicua, 2014).

En esta segunda década del siglo XXI, las torsiones de género de la condición juvenil tornan obsoletas muchas descripciones o análisis de hace veinte, diez o, incluso cinco años. En Argentina, los feminismos y los movimientos de mujeres y diversidad sexual, dan forma a múltiples acciones colectivas de visibilización de las violencias, cuidado y solidaridad.

Si bien casi todo cambia a un ritmo vertiginoso en las generaciones más jóvenes, los varones cis o heterosexuales están desconcertados. Educados en los mandatos de la masculinidad en la escuela, la calle, la familia y los medios, enfrentan con desiguales recursos los desafíos de este tiempo histórico. Afrontan una paradoja: su victoria es paradójica, significa perder privilegios y desarmarse de las violencias que habitan sus cuerpos. Para ellos, la recompensa no es la conquista de derechos, sino empezar a construir vínculos más justos y solidarios. Los estudios críticos de las masculinidades tienen que examinar las ambivalencias de la heterosexualidad masculina y las diferencias entre los modos de ser hombre frente a la persistencia de viejos mitos y las nuevas posibilidades (Dowsett, 2007). Uno de los retos es cómo alentar estos procesos de cambio social sin desconocer el peso de las constricciones sociales y la desigualdad en la distribución de recursos y oportunidades, ni reducir las transformaciones estructurales y culturales a la actitud de las personas.

La problematización de la condición juvenil, retomando el planteo de Chaves (2005), es pensar la juventud como relación y al joven como posibilidad, incluir todas las facetas, experiencias y trayectorias, concebir la posibilidad no en el sentido de lo deseable, “sino en el sentido del poder hacer, del reconocimiento de las capacidades del sujeto” (2005:32).

El desafío, como plantean Hall y Jefferson (2006), es establecer conexiones entre las experiencias, las configuraciones culturales más amplias y las transformaciones históricas con el objeto de entender lo que las y los jóvenes “hacen de lo que hacen con ellos”, en lugar de simplemente celebrar o criticar.

Como apunta Elizalde, las transformaciones en curso en relación con las diferencias de género y sexualidad exigen a la investigación, además de analizar las mutaciones a nivel macro y micro social, cuestionar la responsabilidad política vinculada con la “construcción de sentidos críticos y de un horizonte emancipador de las opresiones sexo-genéricas” que insistentemente vulneran la vida de las personas y jóvenes (2013:32).

Estrategias teórico metodológicas

El estudio de las relaciones entre las desigualdades, las vulnerabilidades y los soportes en la adolescencia o condición juvenil se puede abordar desde distintas estrategias metodológicas: Por medio de la descripción del escenario de inclusión desigual que configura cierta disponibilidad de bienes y servicios en un territorio, como así también en las trayectorias sociales a partir de sus acontecimientos biográficos.

El conocimiento de dichas relaciones puede ser ampliado a partir de la reconstrucción de las experiencias de adolescentes y jóvenes por medio de técnicas cualitativas como la entrevista y el relato de vida, herramientas que disponen de la plasticidad suficiente para captar desde la vivencia de las personas los acontecimientos que precarizan sus condiciones de existencia (Di Leo y Camarotti, 2013; Capriati, 2014). Los acontecimientos biográficos constituyen pilares privilegiados para el estudio empírico de cómo se encadenan las vulnerabilidades en las trayectorias biográficas de las personas y los modos en que los soportes operan en sus vidas.

El interrogante que se plantea es cómo se estructuran los fenómenos sociales a nivel de las experiencias personales, “lo biográfico”, como afirma Leclerc-Olive, se impone como objeto de nuestro tiempo. Situar al individuo en el centro del análisis no significa sustraer el contexto del análisis social, ni supone quedar reducido a un análisis al nivel de actor (Martuccelli, 2007), es la consecuencia de una “transformación societal que instaura al individuo en el zócalo de la producción de la vida social” (Araujo y Martuccelli, 2010:79).

Por medio del enfoque biográfico se da un paso distinto a la descripción estadística, se abre un camino para reconocer las adversidades vividas y las capacidades de las personas, para aprehender los giros de la existencia, en las cuales lo determinado, cerrado e imposible deja lugar a lo inesperado, aleatorio y posible (Leclerc-Olive, 2009; Capriati, 2017a).

Más allá de la estrategia escogida, centrar el foco de estudio en las relaciones entre los procesos estructurales, los mecanismos institucionales y las trayectorias biográficas es una forma de analizar las torsiones de la condición joven, las desigualdades, jerarquías y diferencias de poder.

Relatos de vida

Camila, Javier, Victoria, Rafael, María, Iván y Martín son los nombres de las chicas y los chicos que hemos entrevistado junto a un equipo de colegas. Si bien estos nombres son ficticios, sus historias no.

Trabajar con relatos de vida desde las ciencias sociales exige un encuadre teórico, interrogantes, estrategias de producción y análisis de la información. Y por sobre todas las cosas demanda esquivar las tristes historias de vida que se repiten día tras día en los medios de comunicación masiva. En estos discursos mediáticos lo que prevalece es un sentimiento de compasión, como describe Bustelo (2011). Al mismo tiempo que se promueve la caridad, se refuerza el paternalismo y se neutraliza cualquier acción política y demanda de derechos. Por supuesto, esta mirada compasiva se interrumpe cuando el niño entra en conflicto con la ley; cuando la víctima no tiene buen comportamiento, la compasión muta por control y represión.

Las historias de este grupo de jóvenes tienen todos los elementos para “esparcir gas lacrimógeno”, irritar nuestra visión y provocar una ceguera que nos impida ver todo lo que debe pasar para que estas historias de vida se repitan. El antídoto para sortear estos obstáculos está en el uso imparcial de las técnicas de investigación y en la teoría como hilo conductor del proceso de análisis.

Enfoque biográfico⁶

El enfoque biográfico como estrategia teórico metodológica tiene como exigencia ir más allá de la experiencia individual para comprender

6. Este apartado sintetiza argumentos presentados en la conferencia dictada por Kornblit y Capriati, (2014). Giros de la existencia y tiempo biográfico en los relatos de vida, en International Congress of Qualitative Inquiry (ICQI) y I Post Congreso (ICQI), University of Illinois at Urbain Champaign, CIECS-CONCIET/UNC, Universidad Siglo 21.

los procesos sociales que en ella se desenvuelven. De este modo, las vivencias de las personas y los acontecimientos biográficos funcionan como puerta de entrada al análisis de los procesos que precarizan sus condiciones de existencia y vulneran sus derechos.⁷

Este enfoque permite ahondar en el estudio de las vulnerabilidades como así también provee un ángulo fecundo para avanzar en el estudio de las mediaciones entre el contexto y las prácticas, tal como ha sido documentado en investigaciones con jóvenes en el área metropolitana de Buenos Aires (Di Leo y Camarotti, 2013; Capriati 2014). El desafío, como recuerda Kornblit (2010a), radica en vincular la experiencia, única e individual de un sujeto, con el contexto social, para comprender los sentidos de la experiencia y los procesos sociales que en ella se desenvuelven. El trabajo con una biografía, como grafica Jablonka, adquiere pleno valor si en el estudio de la “nieve humana” somos capaces de relevar al mismo tiempo la “potencia de arrastre de la avalancha” y la “irreductible delicadeza del copo” (2015:89).

El análisis de los relatos de vida se enmarca en el esquema conceptual de Leclerc-Olive (2009), especialmente las categorías de acontecimientos biográficos y giros de la existencia. Las ciencias sociales han prestado relevancia a los “giros de la existencia”, denominados también “puntos de viraje”, “momentos bisagra” y categorías similares. Estos términos refieren a un momento vital identificado por el sujeto y/o por el investigador como un acontecimiento a partir del cual el itinerario biográfico de la persona tomó un rumbo distinto, o se inició una nueva etapa.

Heredera de las concepciones de Bertaux, Leclerc-Olive desarrolla en especial una teorización en torno a los vínculos entre acontecimientos, relatos, biografía y temporalidad, a partir de los aportes de Ricoeur sobre discurso, narración y acción. Narrar los sucesos de una vida, hilvanar un relato sobre sí mismo es una acción humana intersubjetiva, es compartida y performativa. Contrariamente a lo que podría pensarse desde el sentido común, en cuanto a que los acontecimientos se suceden en una línea temporal del pasado al presente, el modo en que se narran los acontecimientos dan forma única al calendario individual de cada persona (Leclerc-Olive, 2008).

7. En este apartado se sintetizan argumentos expuestos en: Capriati, A. (2017b). Tensiones y desafíos en el uso del método biográfico. *Cinta de Moebius*. Revista de Epistemología de Ciencias Sociales, (60), 316-327.

Los acontecimientos son el almacén narrativo de los relatos: son objeto del relato y al mismo tiempo desencadenan y estructuran alrededor de ellos el sentido otorgado por el sujeto a su vida. A diferencia de las catástrofes, experiencias traumáticas que impiden la formación misma del relato, los giros de la existencia son acontecimientos en los cuales se ha podido estabilizar el significado y el sujeto ha podido “dar vuelta la página”. En estos giros el sujeto se interpela: las representaciones sobre sí mismo y sobre el mundo son alteradas, y se producen múltiples disonancias (cognitivas, afectivas, morales).

En este capítulo comparto el análisis de las entrevistas y los relatos de un grupo de siete personas jóvenes.⁸ La reconstrucción de los relatos biográficos se realizó a partir de entrevistas sucesivas y demandó por lo general entre tres y cuatro encuentros con la persona entrevistada. La pregunta disparadora en el inicio de las entrevistas fue: “¿Cuáles son los acontecimientos que marcaron u orientaron tu vida?”.

El relato de Camila, una joven de 24 años, residente en Villa Fiorito, es el primero que se comparte y es presentado en extenso. En el resto de los casos el análisis pierde profundidad en la singularidad de cada historia con el propósito de identificar similitudes y diferencias entre las experiencias. En el análisis no se trata de resumir todo lo planteado en las entrevistas, es una reconstrucción de los acontecimientos decisivos y los modos de afrontarlos. Al centrar el análisis en las vinculaciones entre los acontecimientos que han marcado su vida, los soportes, los entornos institucionales y el escenario barrial se identifican secuencias de acontecimientos según género, clase y territorio.

Si bien cada una de las proposiciones que se realizan en el análisis remite al corpus empírico, se torna evidente una lectura orientada de los relatos y las entrevistas. A fin de cuentas, en el proceso de investigar se ponen en juego cuestiones técnicas y teóricas. El balance o punto de equilibrio no es resultado de un algoritmo, sino un trabajo artesanal que dé lugar al encuentro fecundo y lleno de tensiones entre la teoría y el caso. Esa instancia, como recuerda Zemelman (2008), es de vital

8. Seis de los relatos remiten al proyecto UBACyT 20020120300001 (2013-2015), bajo mi dirección como Joven Investigador, producidos entre marzo y septiembre de 2014. El séptimo relato proviene del proyecto PICT 2346, investigación en curso, realizada junto a Gabriela Wald y extenso equipo, tal como está indicado en el capítulo introductorio.

relevancia en la producción de conocimiento social, para evitar los desfases entre los cuerpos teóricos y la realidad.

Batallar para sobrevivir

“La conocemos de toda la vida. Camila es una sobreviviente, ¡tenés que conocerla!”, me dijo la referente del centro educativo complementario (CEC, en adelante). Camila había asistido a ese centro por más de diez años, allí aprendió muchas cosas que en la escuela convencional le resultaban casi imposible, como leer y escribir, encontró un espacio que le brindó cierta contención frente a los maltratos que enfrentó desde pequeña.

Al momento de las entrevistas, Camila tenía 24 años y era su hijo mayor quien asistía al jardín del establecimiento. Llegaba en bicicleta con sus dos hijos, el mayor entraba a su salita en el jardín y nosotros tres nos acomodábamos en una oficina cedida. La presencia de su hijo pequeño, de apenas dos años, fue positiva: sus juegos generaron pausas en la entrevista.

La vitalidad que Camila transmitía montada en su bicicleta con sus hijos y la fuerza que emanaba de su voz, generaba un contraste con su cuerpo delgado, su rostro huesudo y la tos insistente. En la época de las entrevistas, Camila se estaba realizando extracciones de sus dientes y estaba realizando controles por tratamiento por un cáncer de cuello de útero. Sus enfermedades y problemas de salud han sido tan graves como los maltratos y padecimientos que ha afrontado desde los primeros años de vida.

La biografía de Camila no puede comprenderse sin hablar de su barrio, Villa Fiorito, sin reparar en los diferentes entornos para el desarrollo y la salud que existen en el Gran Buenos Aires. Villa Fiorito es una localidad densamente poblada del Gran Buenos Aires, ubicada en el noroeste del partido de Lomas de Zamora, conformada con las migraciones, sucesivamente atraídas por la posibilidad de un empleo y una vida mejor.

El barrio de Camila presenta distintos niveles de urbanización: alterna cuadras de casas bajas, de material, calles pavimentadas y veredas, con áreas con organización irregular y viviendas de chapa. En algunas manzanas se accede al servicio de agua de red y desagüe cloacal, mientras que la situación predominante es la falta de acceso a agua segura y los déficits en el sistema de desagües cloacales y pluviales.

No obstante, la mayor diferencia entre localidades como Villa Fiorito y otras áreas del Gran Buenos Aires reside en la presencia de los factores contaminantes. Este barrio está atravesado por la problemática ambiental de la cuenca Matanza-Riachuelo, que atraviesa a 14 partidos de la Provincia de Buenos Aires y barrios del margen sur de la Ciudad de Buenos Aires. Se torna evidente en este punto que los barrios son expresiones singulares del espacio social, remiten a un espacio urbano más amplio que una localidad particular, son emergentes de procesos históricos, políticos y económicos (Bourdieu, 1990). Olvidar dicho proceso, quedar atrapado en el pensamiento sustancialista de los lugares, implica ser incapaz de advertir que cada localidad es una retraducción espacial de las diferencias económicas y sociales (Bourdieu, 1990:21).

Desde hace años, organizaciones vecinales y sociales de Villa Fiorito, como el Foro Hídrico de Lomas de Zamora, denuncian la contaminación por metales pesados que afecta a la población del barrio. Esta situación está agravada por las deficiencias alimentarias que padecen las niñas y los niños de las familias con menores ingresos. La zona también está afectada por la proliferación y quema de basura. Este cuadro de situación se ve potenciado por las inundaciones: el ascenso de las napas contaminadas representa un alto riesgo para la salud.

Esa ribera fue su patio de juegos, escena de maltratos y obligaciones laborales. Camila tiene seis hermanos mayores por parte de su padre y otros cinco hermanos menores por parte de su madre y su padre. Las cotidianas agresiones de su padre hacia su madre y sus hijos fueron la banda de sonido familiar. Con apenas tres años, Camila recuerda cuando junto a su madre y su hermanito recién nacido, se fueron a vivir a un hogar institucional, a partir de una medida de protección. Esa situación duró dos años, fue una protección temporal hasta al regreso a la casa paterna.

La violencia persistió y empeoró la subsistencia familiar, Camila y su hermano tuvieron que salir a trabajar como cartoneros. Desde los ocho años Camila realizaba una triple jornada: asistía al centro educativo complementario por la mañana, estaba en la escuela desde el mediodía y por la tarde comenzaba su “trabajo con el cartón”. Se subía a un camión y realizaba el circuito asignado por la Ciudad de Buenos Aires. Regresaba a su casa a la una de la mañana. Corría el año 2000, todavía no se había organizado el movimiento cartonero, no estaban

los camiones de la cooperativa, la obra social, las guarderías. Había indiferencia social.

El paso de Camila por la escuela finaliza en séptimo grado cuando decide no continuar. Rápidamente supo que había sido una mala decisión: el tiempo libre añorado nunca existió, se incrementaron sus obligaciones con el cartoneo y se le sumaron tareas con el cuidado de sus hermanitos. Camila pierde uno de los puntos de apoyo más significativos: la escuela y especialmente el CEC. En los recuerdos de sus maestras remarca la paciencia, la calidez y la atención por sus necesidades. En esta salida de un espacio de contención a Camila se le hace polvo lo que tenía de soporte institucional. Es la clausura definitiva del tiempo de la infancia.

Comienza una época en la cual empieza a idear la huida de su casa y tiene sus primeros romances. Las salidas de adolescentes las pasa de costado: mientras sus amigas hacían planes para salir el sábado a la noche, Camila retiraba bolsones, recolectaba y clasificaba el papel. Las palabras de sus amigas para que dejara su casa retumbaban en su cabeza, pero el miedo a la reprimenda era más fuerte. Su repertorio de recursos era prácticamente nulo, no se imaginaba cómo salir. Con su primera pareja, a sus 17, no dudó: tomó lo que pudo de sus cosas y abandonó la casa paterna. Dio un paso para salir de una escena asfixiante, fue un paso decisivo, desprovista de certezas sobre cuál sería el rumbo que tomaría su vida.

Con su pareja convivieron tres años, se acomodaron en una casita en el fondo del terreno donde vivía la familia de él, un muchacho del barrio, también cartonero. Camila alternaba el trabajo con el cartón con changas como limpieza. Los comienzos no fueron fáciles, en la primera separación, al mes de convivencia, Camila tuvo que volver a la casa de su padre y enfrentó una de sus escenas más duras. No había rastros de sus pertenencias. Hacía rato no contaba con su familia y ahora también su vida en pareja entraba en crisis. En ese dormitorio que ya no era el de ella, piensa que el único modo de ponerle fin a su dolor es quitarse la vida. Aparece la imagen de uno de sus hermanitos y se pregunta qué será de él, quién lo cuidará, cómo le explicarán su muerte. No se permite bajar los brazos, desanuda la sábana y sale del cuarto. Deja para siempre la casa de sus padres.

Si bien los puntos de apoyo institucionales con los cuales Camila contó fueron exiguos y en los momentos más duros brillaron por su au-

sencia los soportes de tipo comunitario o estatal, es inexacto suponer la ausencia del Estado y la falta de organización comunitaria en su entorno barrial. En su localidad existen servicios del Estado que cubren, con distintos niveles de déficit, las áreas de educación y salud. En zonas próximas a su casa hay oficinas del gobierno municipal, en el cual funciona el servicio de protección de la infancia. En Villa Fiorito se ha logrado construir un denso entramado institucional a partir de la labor de organizaciones con larga trayectoria. No obstante, en la trayectoria de Camila ese catálogo de recursos no le pasa ni cerca, se tiene que hacer a sí misma con lo que tiene auestas, ella misma y los vínculos afectivos que está generando, su pareja y sus hijos.

El nacimiento de sus hijos termina de sellar un giro en la vida de Camila, se abre una nueva etapa, comienza a saldar cuentas pendientes con el pasado. Se dedica al cuidado de sus hijos, empieza a disfrutar con ellos algo de lo que tuvo vedado en su niñez, siente que recupera partecitas de lo que le fue arrebatado. La alegría por los nacimientos fue inmensa: a sus 19 años le habían informado que no iba a poder tener hijos por un problema en el cuello del útero, le informaron “que tenía una mancha en los ovarios” y le indicaron unas pastillas para aliviar sus dolores. Este problema no le impidió tener hijos pero reapareció tiempo después cuando decide realizarse una ligadura de trompas, había decidido no tener más hijos.

Comienzan aquí sus desventuras con los servicios públicos de salud. Cuando acude a un hospital cercano, un centro de alta complejidad, le informan que tiene un embarazo en curso que se debe interrumpir porque detectan “placas blancas en el cuello del útero”. En ese primer hospital le realizan el aborto pero no se avanza con tratamiento alguno. Interrumpe las consultas: no sólo porque le exigen una suma de dinero para la intervención quirúrgica sino también por las pésimas condiciones hospitalarias, las cuales denuncia en un noticiero televisivo. Unos meses más tarde acude a un segundo hospital, también de alta complejidad, con la firme intención de realizarse la ligadura. Le realizan los estudios y a los dos meses recibe un llamado del hospital. Sabe que es algo grave, es la primera vez que la llaman. Le informan que tiene un cáncer de cuello de útero, le remarcan que no podía esperar mucho, el virus estaba avanzado. Tampoco se da curso inmediato a un tratamiento: corría diciembre y la fecha que le proponían era fines de febrero. Decide no esperar y acude a su obra social, la mutual Senderos de los

trabajadores de la economía popular. La primera semana de enero la operaron y meses más tarde le realizaron la ligadura. En el momento de la entrevista tenía indicado realizarse controles cada seis meses.

En este tiempo de idas y vueltas con los servicios de salud, Camila construye nuevos vínculos con su suegra y suegro, compañías en su vida diaria. Orgullosa de ser madre de dos hijos, en el tiempo de las entrevistas se encontraba entregada a la crianza de los niños. Anhelaba poder retomar el secundario.

En la vida de Camila el pasado no era un tiempo cerrado, golpeaba seguido su ánimo presente y nublaban muchos momentos. Ella lo reconocía y sus personas más cercanas se lo advertían, como si la siguiera un halo de tristeza.

Como se vislumbra en la historia de Camila, haber tenido que salir a trabajar a los 8 años de edad, haber padecido maltratos en el ámbito familiar desde que es posible recordar, no son circunstancias fortuitas ni eventos desafortunados, están enmarcadas en determinado escenario social. En este escenario de precariedad se observa una secuencia de acontecimientos singular entre la condición de clase, las relaciones de género, el entorno familiar y el escenario barrial.

A partir del análisis de otros dos relatos de mujeres se describen otras series de acontecimientos con el propósito de identificar similitudes y diferencias en las conexiones entre las experiencias y los entornos más o menos próximos.

Las historias de Victoria y María tienen similitudes y diferencias con la vida de Camila. En los tres relatos hay maltrato infantil y agresiones de padres violentos. A diferencia de Camila, Victoria y María afrontan obligaciones laborales y de cuidado al interior del ámbito familiar. En las trayectorias de Victoria y María se describe una secuencia que enlaza las precariedades materiales y los maltratos con las tareas de cuidado y la necesidad de migrar.

La historia de vida de Victoria (25 años, residente en un asentamiento de la Ciudad de Buenos Aires) está atravesada por obligaciones de cuidado desde pequeña. Cuando tenía 8 años de edad, todavía vivía en Perú, su madre partía de su casa regularmente por trabajo y quien debía hacerse cargo de su cuidado y el de su hermanito era su padre. Su padre dormía la mayor parte del día, consumía alcohol y se ausentaba de su casa. Era Victoria quien asumía la responsabilidad del cuidado de su hermano menor: cocinaba, lavaba la ropa y le ayudaba con sus

tareas escolares. Cuando su madre regresaba, comenzaba una escena de agresiones físicas de su padre hacia su madre. Como esta situación no cesaba, su madre tomó la decisión de irse del país y partir hacia Argentina donde ya vivía una prima.

El relato de María (22 años, residente en un barrio popular de la Ciudad de Buenos Aires) también está marcado por la migración y la violencia, pero la secuencia tiene una diferencia leve. Vive en un pueblo de Misiones junto a su madre, once hermanos y un padre que cuando aparecía anunciaba problemas: era alcohólico, amenazaba a su madre, le exigía dinero y la golpeaba. María tenía que realizar distintas tareas en su casa, su madre trabajaba tiempo completo y se apoyaba en la ayuda de sus hijos para subsistir. Las escenas de juego de su infancia fueron las mañanas que disfrutaba en el colegio. En la casa colaboraba con el trabajo (“A los 7 años ya estaba en la cocina y aprendí un montón de cosas”). La situación se agravó cuando la salud de su madre se deterioró y sus tareas se incrementaron, cocina, limpieza y cuidado. Tres años más tarde su madre fallece. Deja su pueblo, viaja a la Ciudad de Buenos Aires donde vivía una hermana mayor. Los primeros años en Buenos Aires también estuvieron marcados por distintas agresiones. En la nueva escuela, ella y sus compañeras eran amenazadas porque hacían los deberes escolares. Las dificultades con el nuevo entorno escolar afectaron su rendimiento escolar, situación que alimentó agresiones en su casa, ahora de parte de su hermana mayor. En Buenos Aires, sus tareas laborales continuaron: a sus 14 años comenzó a trabajar como empleada doméstica, en condición de informalidad.

En las historias de estas dos mujeres aparecen las tareas domésticas junto a la migración forzosa para asegurar la integridad o garantizar la subsistencia. En una escena interrumpida de precariedad y violencias se convertirán en mujeres adultas desde sus 8, 12 o 14 años. La gran ciudad, Buenos Aires, las recibirá con las casas abiertas, con mucho y precario trabajo como empleadas domésticas.

Las privaciones sociales, producto de la distribución desigual de bienes y servicios básicos para las posibilidades de desarrollo personal, funcionan como vectores que refuerzan las jerarquías de género. Al igual que Camila, para Victoria y María la vida diaria ha sido una batalla desigual desde que se tiene memoria. Desde su niñez han lidiado con tareas feminizadas, obligaciones de cuidado y limpieza, trabajo doméstico dentro y fuera de su casa. A lo largo de sus vidas han estado

envueltas en un entorno de agresiones y amenazas hacia sus madres y ellas mismas. Son sobrevivientes: sus madres escaparon de sus parejas, ellas huyeron de sus casas.

Salir a la calle y hacerse hombre

El grupo de varones entrevistados permite trazar otra secuencia de acontecimientos, en la cual se enlazan los maltratos familiares y la necesidad de trabajar desde chico, con el consumo de drogas y escenas de violencia en la escuela y el barrio.⁹

En la vida de Javier (31 años, residente en una villa de la Provincia de Buenos Aires), la vida misma se convirtió en una tarea que debió asumir desde su infancia para poder subsistir. Luego de quedarse sin padre, asesinado en la puerta de su casa, a sus 9 años Javier y su hermano afrontan el abandono de su madre, agobiada de una escena familiar de agresión y quedan a cargo de su abuela que fallece al poco tiempo. Muchos cambios y la violencia como común denominador (“Muchos quilombos, mucha violencia, [...] Era el único mecanismo y que se había vuelto tan natural que hasta lo aceptábamos: que mamá le pegue a papá, que papá le pegue a mamá, que el tío le pegue a mamá, que la abuela le pegue a mamá, entonces muchas de esas cosas también hicieron que... que nos cultivemos en un nivel de violencia muy increíble, que fue salir a la calle”). Así, Javier y su hermano menor comienzan a vivir en la calle, situación que se extenderá durante varios años. En la calle sobreviven como pueden, juntan cartones, empiezan a consumir alcohol y otras drogas, y se ven envueltos en una escena que hoy describen de libertad y falta de límites.

Rafael (22 años, residente en un barrio popular de la Provincia de Buenos Aires) y su madre se vieron obligados a trabajar como vendedores ambulantes cuando lograron echar a un padre violento de la casa y se quedaron sin ningún tipo de ingreso económico. En la escuela primaria, Rafael fue protagonista de varios episodios de violencia y luego de repetir quinto y sexto grado dejó de ir, no tenía ganas y debía dedicar su tiempo al trabajo. Antes de dejar la escuela, Rafael ya había incorporado

9. Este apartado recupera aportes del trabajo: Capriati, A. (2017). “A cada uno lo que le toca. Desigualdades y soportes en la condición juvenil”. *Cuadernos*, 52: 119-141.

el consumo de alcohol y otras drogas en su rutina de trabajo en la calle. Los años de convivencia con su madre tampoco fueron fáciles, al punto que se fue de su casa y vivió un año en un hogar de tránsito, experiencia que decidió no compartir en la situación de entrevista.

Este grupo de trayectorias también refiere a situaciones de precariedad material, obligaciones laborales y violencias vividas en el seno del grupo familiar. En ocasiones el maltrato y la violencia vivida en el espacio familiar se retroalimenta en la escuela, con hostigamiento y peleas entre compañeros. Como respuesta a estas adversidades del micro y macro contexto hay una abrupta salida al afuera: la exigencia de hacerse hombre, salir a la calle y trabajar. Crecen muy rápido, pasan más tiempo en la calle con pares y asumen trabajos peligrosos. En la calle se recrudecen las condiciones del medio familiar, con la oferta del consumo de drogas como aparente resquicio liberador.

El relato de Iván (20 años, residente en una villa de la Provincia de Buenos Aires) marca contrastes con las trayectorias de los varones, tiene otra secuencia de acontecimientos, comparte una infancia precaria, pero no hay maltrato familiar ni tiene problemas con el consumo de drogas. No fue una sorpresa para nadie cuando a los ocho años Iván armó junto a su primo un carrito con un cajón de verdulería y comenzaron a recolectar cartones (“éramos chiquitos, ya teníamos esa viveza”). Unos años más tarde, a sus 14, Iván empezó a recorrer otros barrios. Provisto de carro y caballo se aventuraba en la Ciudad de Buenos Aires.

En esas recorridas Iván y su primo sentían la discriminación cotidiana (“muchos piensan que sos ladrón porque estas juntando cartones”) y vivían alertas a la agresión como eventualidad; son muchas las historias de problemas y peleas en sus recorridos. Para Iván asumir esta obligación no fue vivida como un problema, de hecho, representaba una solución, una forma de obtener dinero extra para su familia. En el caso de Iván el curso de su vida se ve cuestionado cuando a sus 17 años su padre se suicida con 42 años de edad. Cae en un estado depresivo (“se me habían ido las ganas de vivir, me perdí, me derrumbé, perdí el equilibrio”). Fuera de su red familiar, solo cuenta con la escuela, pero no encuentra allí contención. Es expulsado luego de peleas con compañeros y discusiones con profesores.

Puntos de apoyo

En los relatos de las y los jóvenes aparecen personas, relaciones o instituciones que describen puntos de apoyo o distintas modalidades de soporte. En la definición original de Martuccelli (2007), los soportes pueden ser medios materiales e inmateriales, relaciones u objetos, experiencias o actividades diversas que operan en la vida de las personas frente a situaciones adversas. En su definición se deja abierto el carácter de los soportes y no se define de antemano la legitimidad de los mismos. A partir del análisis de este grupo de jóvenes distingo entre soportes afectivos, soportes que refuerzan situaciones de precariedad y soportes institucionales que permiten el acceso a espacios de escucha y habilitan nuevos lenguajes para reflexionar sobre sí mismos.

En primer lugar, los relatos de Victoria y María describen soportes afectivos del ámbito familiar. Ellas recuperan la figura de sus madres: el coraje frente a la adversidad como ejemplo de vida. Especialmente, María plantea como principal soporte el legado de su madre. A lo largo de las entrevistas, María critica la falta de programas estatales para gente como ella, que estudiaban y trabajaban. En su dedicación al trabajo, María expresa las enseñanzas recibidas de su madre: estar siempre activa, no esperar nada de los otros, valerse por sí misma, trabajar en lo que sea y cómo sea (“Yo estaba obligada a aprender muchas cosas desde chiquita. Hasta ahora, me arreglo con la base y siempre estoy dispuesta a aprender muchas cosas. Y debo reconocer que valió la pena que me insistiera en aprender cosas cotidianas de la casa, por ejemplo.”).

En segundo lugar, el relato de Martín describe cómo el grupo de pares y el consumo de drogas funcionaron como soporte frente a la fragilidad de redes familiares y la lejanía de instituciones. A sus 16 años, Martín (25 años, residente en un barrio popular de la Provincia de Buenos Aires) se había ido a vivir con su pareja, quien tenía una beba de seis meses de edad. Enamorado, había asumido la paternidad y afrontaba el desafío de obtener un empleo para disponer de ingresos regulares. A diferencia de la mayoría de los chicos de su edad, hacía rato que Martín no asistía a la escuela, trabaja como técnico en mantenimiento de computadoras. Como otros jóvenes que compartieron su testimonio en estos estudios, a los 16 años Martín no era un adolescente, era padre y trabajador precarizado. Se había hecho hombre a los golpes, tal como detalla en las entrevistas cuando narra los primeros acontecimientos de su trayectoria.

A los 10 años, agobiado frente a una escena repetida de violencia física de su padre hacia su madre, Martín se había ido de su casa. Una vez que su casa paterna dejó de ser un hogar, el grupo de amigos de su barrio y el consumo de drogas serán los principales sostenes en su vida. En su relato no hay referencia de alguna instancia comunitaria o estatal que le haya brindado asistencia ante situaciones críticas o adversas (agresiones físicas, problemas con el consumo de drogas, paternidad), tampoco se enuncia una crítica o lamento de dicha ausencia.

En tercer lugar, a diferencia de los soportes afectivos familiares o de aquellos que refuerzan trayectorias de precariedad (como el consumo de drogas o el delito), destaco los soportes que promueven interrupciones de esas trayectorias al posibilitar acceso a espacios de escucha y acompañamiento, formación y expresión. En estas interrupciones emergen las figuras de maestros y docentes, referentes comunitarios, operadores de programas, entre otras personas.

La vida de Rafael (22 años, residente en un barrio popular de la Provincia de Buenos Aires) abre un primer ángulo de aproximación a estos soportes. Rafael convencido de la necesidad de formarse para poder salir de la venta ambulante, se acercó a los 18 años a la escuela. Pudo evitar cursar con adultos y terminó la primaria con otros adolescentes, en una escuela en la cual cenaba y recibía una beca para apoyar su condición de estudiante. Al finalizar la primaria, Rafael siguió sus estudios secundarios y realizó cursos de oficio. Al momento de la entrevista, le faltaba un año para terminar la secundaria, sus expectativas eran altas (“yo sé que hay que terminar, y tenés las puertas abiertas en todos lados”). Entusiasmado con el posible viaje de egresados, soñaba con salir de Buenos Aires y conocer la provincia de Córdoba.

En su relato, Iván (20 años, residente en una villa de la Provincia de Buenos Aires) detalla cómo tres años después del suicidio de su padre pudo finalizar el secundario y empezar la universidad, acontecimientos que le han permitido dar un nuevo sentido a su vida. Junto con su madre y sus hermanas, dejaron la villa (“Me borré un poco, yo viví 17 años, pero me puse un proyecto de vida, donde yo tengo que cambiar”) y se instalaron en una casa en construcción, que había iniciado su padre. Iván se convirtió en el “*hombre de la casa*”, tarea que implicó hacerse cargo del cuidado de su madre y sus abuelos. Iván sabe que es mucho lo que ha vivido (“Tengo veinte años pero me parece que tengo cuarenta, todos me lo dicen”).

A los quince años, Javier (31 años, residente en una villa de la Provincia de Buenos Aires) empieza una vida en pareja y nace su primera hija, pero será una situación límite lo que le permitirá revisar el rumbo que tomaba su vida: en un ajuste entre bandas del barrio casi muere al recibir una puñalada. Al recuperarse de esta lesión, entiende que debe hacer un cambio en su vida (“empiezo a querer o nacen las ganas de terminar el secundario... en un momento difícil porque también tenía que laburar... ya entendía más o menos que era el padre de la familia y que tenía que ir viendo la posibilidad de asegurar un bienestar a mis hijos y esas cosas... para mi hija”). En ese proceso, Javier se acerca al director de la escuela de su barrio, quien lo había invitado en numerosas oportunidades. Termina el secundario, se compromete con las necesidades de la escuela junto a los docentes, también se vincula con distintas organizaciones sociales y se termina de convertir en un referente barrial con su participación en la defensa de una toma de tierras.

Sin embargo, las cuentas no resueltas del pasado retornan, especialmente con su hermano quien envuelto en el consumo de pasta base se suicida. El suicidio de su hermano lo enfrenta con un sentimiento de culpa (“El único ejemplo que tuvo era yo: su padre, su hermano, su amigo”) que intentará revertir con mayor compromiso social y militancia barrial. A diferencia de los chicos de su barrio, Javier considera que tuvo oportunidades diferentes, mayores chances de formarse por haber podido terminar el secundario y por los espacios de formación en los cuales ha transitado. En su relato Javier revisa lo vivido y se desmarca de las ideas deterministas o fatalistas (“Siempre intenté hacer las cosas bien, uno no elige donde nace o donde nació... pero también hay algo que me marca la vida y es que <el origen del hombre no tiene por qué ser su destino> y esa es una frase que yo la llevo para todos lados y porque mi vida me lo demuestra, porque la vida de otros también lo demuestran”).

Si bien el caso de Javier es excepcional por la intensidad del drama narrado, tiene similitudes con las experiencias de Iván y Rafael. Un análisis transversal de las trayectorias permite identificar que son diversos los espacios institucionales que funcionan como soportes. En la escuela, en un programa social o un bachillerato popular para finalizar estudios, o en la militancia barrial, los jóvenes encuentran un espacio en el cual pueden reflexionar sobre sí mismos y su futuro, donde se les habilita la posibilidad de viajar por fuera de su localidad y se les facilita continuar sus estudios.

Cuando los varones narran sus situaciones, estos espacios son valorados no sólo porque les ha permitido re-examinar su pasado o situación personal, sino también porque han facilitado nuevas compañías, posibilitaron salir del barrio y canalizaron sus ganas de hacer algo. Más allá de su diversidad, estos espacios tienen como denominador común la capacidad de escucha y la contención con un anclaje institucional. No refieren a los apoyos de parejas o familiares, sino a las redes de acompañamiento que se enhebran desde instituciones y centros comunitarios.

Aún en situaciones de extrema precariedad emergen soportes que amortiguan las consecuencias de las situaciones adversas y posibilitan cambios en las trayectorias. En casos como el de Javier (31 años), cabe adjetivar los soportes que han actuado en su trayectoria como conmutadores en tanto actúan como plataformas que habilitan un giro en el desarrollo de los proyectos biográficos. Adapto la noción de conmutador o shifter del marco conceptual sobre promoción de la salud entre jóvenes elaborado por Kornblit (2010b), para resaltar la capacidad de ciertos espacios de ampliar el repertorio discursivo y posibilitar el ejercicio de la autonomía; el término de conmutador fue utilizada previamente por Michel de Certeau para captar la capacidad de ciertas personas o instituciones de relativizar ciertos saberes y poner en circulación otros discursos, su elaboración original remite a la lingüística de Jakobson.

Privatización y politización

Los modos de significar lo vivido plantean una tensión entre la privatización de las adversidades enfrentadas, cuando las dificultades son explicadas por atributos personales, y la politización de la experiencia, cuando en tales adversidades se vislumbra la conexión con otras circunstancias que exceden lo individual.

En las historias de Camila, Martín, María y Javier, la vida misma se convirtió en una tarea que debieron asumir desde su infancia para poder subsistir. El tiempo de la infancia y la adolescencia se sucede a toda prisa, a los golpes y de modo precario. Conscientes de este veloz transcurrir del tiempo saben que es mucho lo que han vivido. No obstante, el sentido en torno a los motivos, causas o razones que movilizan para explicar sus circunstancias es heterogéneo.

Camila y Martín pertenecen a un grupo de relatos en el cual los problemas vividos en el ámbito familiar, en la escuela o el barrio son narrados como asuntos de índole exclusivamente personal. Así, para Camila la violencia en el hogar es una cuestión privada de su entorno familiar, los fracasos en la escuela expresan su falta de actitud, la precariedad del empleo obedece a la exigüidad de sus competencias.

El relato de Martín permite profundizar otro aspecto del polo vinculado a la privatización de la experiencia. Huir de su casa a los 10 años por repetidas escenas de violencia, dejar la escuela poco tiempo después, sus problemas con el consumo de drogas, los enfrentamientos con la policía, sus empleos informales, son capítulos de su desgracia privada: no vincula sus dificultades con el entorno en el que ha vivido, ni lamenta la ausencia de alguna institución para contar con asistencia en sus momentos más difíciles. Sus problemas con los consumos de drogas, desde la perspectiva de Martín, dan cuenta de sus debilidades y vicios. El modo cómo hilvana esos eventos del pasado no están escindidos del modo cómo significa su presente, marcado por una profunda resignación sobre su posición y posibilidades.

En buena parte de los relatos de este grupo, como advertía Martucelli (2013), hay un vocabulario de infortunio, abuso, resignación o victimización. Como afirma Martín, “me gustaría mucho estudiar como vos y que la situación sea al revés, pero bueno, a cada uno lo que le toca...”. Sin expectativas laborales, Martín solo anhela conseguir un empleo y sueña con encontrar una compañera que le ayude a seguir adelante.

El relato de María marca un contraste con las experiencias anteriores: si bien María narra sus padecimientos circunscriptos a su entorno familiar, no está resignada ni entregada. Tiene un emprendimiento gastronómico, trabaja como empleada doméstica y está estudiando enfermería. Su presente y su futuro parecen volver sobre su infancia en su pueblo natal, anhela poder terminar enfermería y poder llegar a pueblos alejados (“viajando a lugares así, a pueblos donde nadie llega, esas cosas más que nada quiero, llegar a la gente, no importa que tenga que ir en una bicicleta”).

Y en contraste con los relatos de Camila, Martín y María, las narraciones de Javier sobre las circunstancias vividas son explicadas como parte de un contexto mayor que los atributos personales y las dinámicas familiares.

En la trayectoria de Javier, la vuelta a la escuela secundaria se concretó y funcionó como puntapié de una alteración en el curso de su vida. Durante el secundario se comprometió con las necesidades de la escuela y comenzó a transitar los primeros pasos de un camino que lo conducirá a ser un referente barrial. En el relato de Javier, las agresiones familiares vividas y los años transcurridos en la calle son cuestionados: Javier no solo se asombra por lo mucho que ha vivido, se indigna por las injustas condiciones que muchos niños y jóvenes, al igual que él y su hermano, deben afrontar.

Cuando Javier explica lo vivido no aparecen solo referencias a su personalidad o su familia, cobra sentido el desamparo de un escenario excluyente y violento.

En su relato, enlaza el modo como narra las circunstancias pasadas con su forma de concebir el presente. Si bien no eligió dónde nacer, ni gran parte de los sucesos de su infancia, Javier está convencido que ese origen no determina el curso de su vida ni sus posibilidades, la resignación se abre paso a otros horizontes (“<el origen del hombre no tiene por qué ser su destino> y esa es una frase que ya la llevo para todos lados y porque mi vida me lo demuestra, porque la vida de otros también lo demuestran”).

En términos típicos, estos sentidos se pueden agrupar en función de la tensión mencionada entre privatización y politización. La noción de politización de la experiencia no hace referencia a la actividad política tradicional, vinculada a un partido político o una organización, sino a la narración de los eventos que conforman el calendario privado de cada persona en un entramado de conflictos y opresiones sociales, ligados al contexto histórico más general. Esta politización de la experiencia, al politizar lo vivido como injusticia, instaura la contingencia de la experiencia, la certeza de que las cosas podrían haber sido de otra manera (Pecheny, 2018).

El sentimiento de “haber podido salir del barrio” o haber transitado experiencias dolorosas conlleva, en algunos casos, el involucramiento en acciones solidarias y políticas para modificar las condiciones y evitar que otros pasen por situaciones similares. En este grupo de relatos, el vocabulario del infortunio y la desgracia no es predominante, aparecen sentimientos de rebeldía, prácticas de cuidado, demandas de reparación y justicia. En estas circunstancias, la politización de la experiencia da lugar a prácticas políticas, en su carácter público y confrontativo. Las

prácticas políticas demandan otras acciones: organización colectiva, carácter público, reconocimiento de antagonismos y definición de demandas (Bonvillani, Vázquez, Vommaro y Palermo, 2010).

En los relatos las diferencias no radican tanto en las situaciones vividas, más o menos traumáticas, sino en el tipo de soporte que ha operado en la vida de la persona, en el espacio de escucha que ese sostén ha podido ofrecer, en las posibilidades de expresión y participación que ha podido habilitar o facilitar.

La politización se da, especialmente, en trayectorias juveniles en las cuales se torna significativa la asistencia a la escuela, la participación en movimientos sociales y/o el comienzo de estudios universitarios. Esta politización, que les permite narrar lo vivido más allá de las características personales y las circunstancias familiares, puede pensarse como una ampliación de consciencia que, lejos de implicar una reducción de su agencia y responsabilidad, habilita la posibilidad de giros en las trayectorias.

La tensión entre privatización y politización no se circunscribe solo a los modos de dotar de sentido los sucesos del pasado. Las formas en que cada joven describe el tipo de infancia que ha tenido, el abandono de la escuela, la escasez de competencias laborales, se vincula con el modo en que piensa su presente y habla de sus posibilidades futuras. La dimensión de lo temporal impregna tanto la reconstrucción que la persona entrevistada realiza de los acontecimientos pasados de su vida como el entramado de su relato con los relatos epocales de los períodos que describe, hilo conductor para una reconstrucción posible de contextos pasados en relación con el tiempo presente, pero también con el futuro.

Los eventos del pasado, como afirma Leclerc-Olive (2009), no están fijos, se modifican al calor de los encuentros que la persona tiene a lo largo de su vida. Los acontecimientos se transforman y no son nunca eventos exclusivamente individuales, su constitución se define en el intercambio con los otros, especialmente en el reconocimiento público o sanción de una institución y en la apropiación que la persona hace de esa sanción. La reconstrucción biográfica a través del relato sería así un modo de facilitar la transición entre el espacio de experiencia, lo vivido, y el horizonte de lo posible, de vías alternativas que permiten formular proyectos.

El tiempo del después

Estudiar, trabajar, formar una familia, ser madre o padre, aparecen como faros recurrentes cuando este grupo de jóvenes imagina su futuro.

En un grupo de relatos, especialmente en los varones que han pasado por adicciones, los acontecimientos están hilvanados por un denominador común: forma el pasado, remiten a un capítulo de la historia personal que se dejó atrás. Lo distintivo en estos relatos es el rechazo a ese pasado de un modo activo. Es lícito suponer que ese rechazo es una forma de amarrarse al presente, como parte del proceso de convencimiento personal. Ir adelante sin pensar, aumentar y diversificar el uso de drogas, pensar que la muerte era la mejor alternativa, son algunas de las maneras en que algunos jóvenes describen el *tiempo del antes*.

En este grupo hay una delimitación temporal precisa y la identificación de un suceso que provocó un cambio en el destino de la trayectoria. El *tiempo del después* por lo general comienza con un acontecimiento significado como tocar fondo, un momento decisivo en el cual se produce un click personal que abre una nueva posibilidad de dar un cariz distinto a su vida, volver a creer en sí mismo. Como hemos visto en los apartados precedentes, el análisis transversal de las trayectorias identifica una diversidad de soportes que habilitan las condiciones de posibilidad de estos cambios. Los relatos sobre estos cambios son intensos y emotivos. Para algunos, el perdón hacia una persona cercana es una de esas experiencias trascendentales, cuando deciden liberarse del odio hacia quienes les provocaron daños, sacarse de encima una “mochila de rencor”. Para otros, el perdón es hacia ellos mismos. En estos relatos hay un activo trabajo de retrospección, la examinación del pasado está vinculada al modo de pensar el futuro. El futuro también es un asunto del pasado: es el modo en que están siendo anudados los acontecimientos vividos en el presente.

La relación entre pasado y futuro ha sido particularmente explorada en la obra del historiador Koselleck (1985) a través de dos categorías conceptuales: “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa”, que brindan una perspectiva para pensar estas relaciones temporales en los relatos de vida. El espacio de experiencia comprende el recuerdo de una vivencia propia susceptible de ser repetida; es el pasado que se hace presente en la medida en que puede ser recordado, si bien lo recordado no coincide enteramente con lo vivido, dado que ha sido filtrado por lo

emocional y lo racional. El horizonte de expectativa, alude a la esperanza, a la posibilidad o a lo deseable y también a la voluntad; deriva de la experiencia, aunque esta derivación no es forzosa. Es decir, la distancia entre lo vivido y lo proyectado puede ser mayor o menor y ella varía según la época histórica que consideremos.

Las relaciones entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa se vinculan con los diferentes modos de pensar el futuro. Leclerc-Olive (2009) anuda las categorías de espacio de experiencia y horizonte de expectativa con las diferencias de Husserl que distinguen dos modos de concebir el futuro. La protensión o presente continuo hace del futuro un cuasi presente, en la medida en que no están dadas las condiciones para imaginar salidas posibles de una situación presente las más de las veces agobiante. Es una anticipación pre-perceptiva, la significación acerca del futuro está anticipada en el pasado (Moreno Pestaña, 2004).

En contraste, el futuro como proyecto abre la posibilidad de lo inesperado. Este futuro tiene como condición “el trabajo retrospectivo sobre lo que ha sido pero hubiera podido no ser” (2009). El tiempo biográfico, como afirma Leclerc-Olive (2009), es al mismo tiempo una vuelta hacia atrás y una proyección. Lo distintivo de este grupo de relatos es que la situación presente les permite recuperar o tener por primera vez la representación del futuro como un mundo abierto a las posibilidades y las contingencias. “No saber dónde está mi techo”, “aprender que la vida te sorprende”, son expresiones que describen una relación con el futuro inmerso en los juegos de las decisiones y lo aleatorio, retomando la descripción de Leclerc-Olive (2009).

Producción social de la vulnerabilidad

En este capítulo final aspiro a conectar del modo más explícito posible la comprensión del fenómeno de las vulnerabilidades en la juventud con la crítica social, los insumos técnicos y los interrogantes políticos.

Los encuentros más fecundos entre las ciencias sociales y la salud brindan algunas pistas sobre cómo potenciar estas conexiones, fortalecer los aportes de las ciencias sociales y la investigación social tanto en los debates como en la gestión. Para posibilitar el intercambio entre las ciencias sociales y las ciencias médicas y de la salud es indispensable desde las ciencias sociales hacer foco en las implicancias del conocimiento en el mundo de la práctica, explicitar las consecuencias directas e indirectas que tienen ese estudio o teoría en el accionar del profesional, técnico gestor en salud, (García, 1994 [1972]).

Si bien son variados los aportes que se pueden realizar desde universidades y centros de investigación a los debates públicos, el punto de partida es entender que las discusiones están hace tiempo en curso y los términos del debate están planteados. La conflictividad de la vida social y la singularidad de la época contemporánea pautan no sólo los términos del debate, sino también el modo de discutir públicamente los problemas de nuestra sociedad y las acciones necesarias: los problemas adquieren sentido a partir de la vida y experiencias de las personas. En este marco, la producción de biografías es un insumo para la comprensión de los fenómenos sociales y puede contribuir a pensar los problemas de nuestra sociedad en tanto y en cuanto esté acompañada de la reflexión crítica sobre las condiciones de posibilidad y el contexto social.

Como punto de partida del capítulo sintetizo mis argumentos en torno a la producción social de la vulnerabilidad en la adolescencia y juventud. Éstos prestan atención tanto a las dimensiones objetivas como a las subjetivas, desplazando el análisis de lo macro a lo micro y viceversa.

Llueve sobre mojado

Las trayectorias sociales de las y los jóvenes compartidas en este libro expresan múltiples dificultades de tipo estructural para el ejercicio de la capacidad efectiva de acceder a los derechos económicos, sociales y culturales. Estas trayectorias hablan de inclusiones desiguales y ciudadanía devaluada. Los acontecimientos biográficos en este grupo de jóvenes dan cuenta de un nivel alto de vulnerabilidad social, pautado no sólo por la mayor susceptibilidad de perjuicios, sino también por la menor disponibilidad de recursos para su protección y por la ausencia de instancias oportunas de reparación.

En consecuencia, las vulnerabilidades en la adolescencia y juventud remiten tanto a las desigualdades sociales y sus patrones en términos de segregación socio espacial como a la vulnerabilidad programática y la falta de contención y acompañamiento frente al daño. Las violencias y adversidades en la infancia y los problemas durante el devenir joven develan los déficits de espacios de cuidado, tanto de instancias estatales como comunitarias, que brinden asistencia para afrontar experiencias traumáticas como las privaciones crónicas, las agresiones familiares, las violencias cotidianas y los consumos problemáticos de drogas, reforzando la situación de desamparo.

La producción social de las vulnerabilidades en salud en la adolescencia y juventud puede ser sintetizada en la frase popular “llueve sobre mojado”. Con esta expresión quiero dar cuenta que los déficits programáticos se dan especialmente en los grupos y territorios en los cuales el encadenamiento de las desigualdades sociales y de género ha generado mayores privaciones. Son los territorios y los conjuntos sociales que presentan profundas privaciones ambientales, económicas y educativas en donde están disponibles los menores recursos institucionales para la contención y la protección de niños, niñas, adolescentes y jóvenes.

Estos procesos instauran condiciones de precariedad a la existencia. En simultáneo con los procesos que operan a nivel estructural e institucional, identifico como dimensión subjetiva la exigencia de hacerse adulto a edades tempranas. Así, adolescentes y jóvenes residentes en territorios con múltiples privaciones, carentes de la protección social que brinda el trabajo formal a las familias, están obligados a hacerse a sí mismos con un inestable acompañamiento del mundo adulto y las instituciones.

Si analizamos transversalmente las trayectorias de este grupo de jóvenes se aprecia cómo se suceden a toda prisa la niñez y la adolescencia: el tiempo de la infancia es breve y con maltratos, la escuela se interrumpe y se afronta la obligación de trabajar.

En las trayectorias de las mujeres que retomamos en este libro se identifica una secuencia que enlaza las precariedades materiales y los maltratos con la imposición de tareas de cuidado y la necesidad de migrar para asegurar la integridad o garantizar la subsistencia. En las trayectorias de los varones las agresiones familiares y la necesidad de trabajar desde chico se enlazan con el consumo de drogas y escenas de violencia en la escuela y en el barrio.

Frente a la ausencia de instancias de contención o protección para paliar las obligaciones laborales y violencias vividas en el grupo familiar, la única posibilidad que disponen es la abrupta salida al afuera. Todas estas trayectorias están marcadas por la exigencia de convertirse en adulto a edades tempranas, acontecimiento central en sus biografías. Hacerse cargo de la casa como una mujer adulta desde los ocho años, ser madre a los 15, crecer siendo testigo y víctima de violencia; dejar la escuela y salir a trabajar entre los 12 y los 16 años, hacerse hombre a los golpes, sobrevivir con la bravura y la violencia como escudo; son las secuencias de acontecimientos que expresan los encadenamientos entre las privaciones sociales, las subordinaciones de género y los abusos del mundo adulto.

En trayectorias como la de este grupo de jóvenes, las intersecciones de clase, género y generación develan anudamientos opresivos. Desprovistos de cuidados parentales y con la abrupta exigencia de trabajar, las chicas y los chicos salen a la calle y se exponen a mayores situaciones de vulnerabilidad. Son niñas y mujeres jóvenes que afrontan tareas feminizadas y obligaciones de trabajo doméstico, fuera y dentro del hogar. Son niños y varones jóvenes que trabajan de lo que sea y cómo sea en empleos informales y peligrosos. En la calle se recrudecen las condiciones de hostilidad: el consumo de drogas y el ejercicio de la sexualidad son puntos críticos. Esta salida a la calle expone aún más tanto a las niñas y mujeres como a los niños y varones a violencias sexuales, a presiones de adultos bajo manipulación y chantaje.

Estas circunstancias forjan una de las pocas certezas subjetivas: saben que no cuentan con nada ni nadie que esté de su lado y les ayude a preservar su vida. No se avizora un final estable y se cuenta con nulos

o pocos anclajes institucionales. Esta exigencia es la dimensión subjetiva de una maquinaria que produce abuso, padecimiento y explotación. Trabajan como pueden, de lo que aparezca, expuestos a todo tipo de accidentes y enfermedades.

En la calle, el mercado les muestra su primer rostro: empleo precario, ilegal y peligroso. La oferta de alcohol y drogas es el segundo rostro del mercado. La toxicidad de las sustancias y el consumo desprovisto de cualquier anclaje social agravan la fragilidad de la condición. El tercer rostro: es la educación para el consumo a partir de la televisión y la publicidad; el capitalismo infantil, de acuerdo a la expresión de Bustelo (2011). En síntesis: están expuestos a trabajar desde chicos porque son pobres, son convertidos en espectadores desprovistos de dinero en la fiesta del consumo, y como consumidores solo acceden a sustancias psicoactivas de baja calidad y alta toxicidad.

Estos relatos arrojan algunas pistas para vislumbrar de qué modo es posible “dar marcha atrás e impugnar” la violencia “formativa en la historia de uno”, recuperando la expresión de Butler (2010:232). Cuando se ha vivido en el marco de violencia, surge el dilema de cómo vivir esa violencia, cuál es el camino para reconocer las violencias que habitan nuestros cuerpos y cómo imprimir cambios y alternaciones.

Ahora bien, como documentan los relatos de las y los jóvenes, cada tanto los radares institucionales logran captar algunas de las adversidades y brindan puntos de apoyo que amortiguan en distinta medida las consecuencias de las situaciones adversas.

Si se concentra el análisis en los soportes que promueven alteraciones en estas trayectorias marcadas por la precariedad es útil diferenciar las redes afectivas vinculadas con la pareja, la familia o los amigos y los puntos de apoyo institucionales que posibilitan el acceso a espacios de escucha y acompañamiento, formación y expresión. Estos espacios, de tipo estatal o comunitario, pueden ser los únicos refugios cuando la red familiar es inexistente o una amenaza.

La capacidad de escucha es un aspecto que se desprende como condición de los espacios que han incidido de modo positivo en las trayectorias de las y los jóvenes. La gravedad de los daños que habitan los cuerpos de estas personas exige una escucha con afecto y paciencia, demanda una convivencia franca y sostenida. Escuchar sin juzgar, escuchar para habilitar espacios de cuidado, poner a disposición nuevos lenguajes para pensarse.

Los modos de significar lo vivido están vinculados con los puntos de apoyo que se han tenido. Las modalidades de acompañar son diversas, condicionan las maneras de pensar las dificultades vividas, las violencias sufridas y las agresiones cometidas e influyen en los modos de abrirse al presente. Destaco los apoyos institucionales que logran contener situaciones críticas en la vida de las y los chicos, soportes que posibilitan el ejercicio de la autonomía, amplían el repertorio discursivo y promueven la apropiación de derechos. En este último sentido es cuando hablo de politización de la experiencia.

Por un lado, a diferencia de los sentidos convencionales de la política pensada en términos representativos o institucionales, la politización de la experiencia es una noción para pensar las condiciones de posibilidad de ciertos virajes en trayectorias biográficas marcadas por el desamparo. El punto de partida es cuando al narrar sus vidas describen sus dramas personales como esquivas de las opresiones y jerarquías del orden vigente. En estos relatos más que relevarse algún atributo psicológico o actitud extraordinaria, se devela una red social de personas que sostiene y pone a disposición nuevos lenguajes que iluminan los dramas vividos desde otro ángulo, abriendo nuevos caminos a trayectos marcados por la violencia.

Nuestras encrucijadas

El estudio de las desigualdades y las vulnerabilidades que afectan la vida de las personas jóvenes pone de relieve una serie de encrucijadas.

La primera apunta a las experiencias de cada joven: las maneras de narrar su vida e hilvanar los acontecimientos que han marcado su trayectoria. A contramano de nuestro sentido común, el pasado no está fijo ni es inmutable. Los eventos del pasado, como afirma Leclerc-Olive (2009), se modifican al calor de los encuentros que tenemos a lo largo de nuestra vida, los acontecimientos se transforman en el intercambio con los otros.

La segunda encrucijada enfatiza la intersubjetividad de toda individualidad, especialmente los anclajes institucionales: los modos en que sus acciones habilitan o no repertorios discursivos, posibilitan o no el ejercicio de la autonomía. En su acontecer diario, las instituciones que trabajan con niños, niñas, adolescentes y jóvenes pueden reforzar o revertir las situa-

ciones de vulnerabilidad y desamparo. En los relatos de vida compartidos se observa la capacidad que pueden detentar ciertas instituciones al facilitar la transición entre el espacio de experiencia, lo vivido, y el horizonte de lo posible, abierto a la contingencia y los proyectos.

La tercera encrucijada amplía aún más el alcance, va más allá de las instituciones específicas de niñez, adolescencia y juventud y nos interpela como sociedad: refiere a lo que observamos y callamos, a lo que impugnamos o permitimos que suceda.

La existencia de la infancia pobre no está oculta, incluso cada tanto alcanza la tapa de un diario nacional. El sufrimiento de chicas como Camila tampoco sucede en sótanos inaccesibles. El circuito que realizaba con su carro en la Ciudad empezaba en Plaza de los Congresos: tomaba la avenida Callao hasta la calle Sarmiento. Ahí giraba en dirección al bajo, cruzaba la Plaza de la República, donde está emplazado el Obelisco, tomaba la calle Pellegrini hasta la avenida Córdoba. De ahí, subía hasta la Plaza Houssay, donde finaliza su recorrido al costado del Hospital de Clínicas. Es un esfuerzo grande no ver a las chicas y los chicos como Camila. ¿Será, acaso, que mirarlas de frente echa demasiada luz sobre nuestra indiferencia? ¿Será que devela nuestros privilegios? Tampoco están ocultos el maltrato y el abuso, basta detenerse de la vorágine diaria y ponerse en posición de escucha franca.

En las trayectorias de este grupo de jóvenes se narran experiencias graves que han generado distintos daños. Sus vidas han sido vulneradas de modo permanente y todo eso sucede frente a los ojos del barrio, en la puerta de las instituciones, con la indiferencia de la comunidad. Desde los primeros años de vida se vulneran derechos básicos: se crece rápido, en un escenario excluyente, mientras las respuestas institucionales están ausentes o son insuficientes para revertir o paliar situaciones críticas.

En estos tiempos de exaltación de la individualidad se torna aún más dramática la paradoja sobre la visibilidad de los soportes y su legitimidad, planteada por Martuccelli (2007). Las personas que han crecido y vivido en condiciones privilegiadas (por su entorno familiar, los recursos económicos, capitales culturales, etc.) tienden a poseer soportes no visibles a primera vista y, así, se incrementa el sentimiento de un sujeto que se sostiene desde el interior y se realiza a sí mismo por la fuerza de su voluntad. Por el contrario, los individuos en situación de fragilidad social, desprovistos en mayor medida de recursos familiares, económicos

y culturales, obligados a sostenerse como pueden, paradójicamente son estigmatizados como dependientes, en tanto encuentran algún alivio o paliativo en un programa social o una institución. La representación heroica del individuo moderno como autorrealización tiene como reverso la condena moral y el menosprecio de quienes son denostados como perdedores. Sobre las calificaciones históricas se superponen nuevas etiquetas y exigencias. La asociación de la pobreza a las fallas morales, proveniente de la Inglaterra victoriana, entendía que los pobres eran resultado de sus fallas morales: los vicios y el pecado, el alcohol y la promiscuidad sexual. Estas representaciones asumen en las sociedades contemporáneas: al mismo tiempo que las instituciones ofrecen menos bases de apoyo capaces de organizar los tiempos sociales bajo la forma de la previsibilidad (Merklen y Kessler, 2013), aumentan las exigencias de responsabilización de los sujetos, promovidas por las nuevas configuraciones institucionales (Kessler y Merklen, 2013).

Estas tres encrucijadas están íntimamente entrelazadas. Los relatos de vida que presenté en este estudio, al igual que nuestras propias historias, van más allá de las situaciones personales o la singularidad de cada historia. Todo lo que aconteció en la vida de Camila, en la de Javier o en la mía, sin duda, dependió de nuestras acciones y decisiones, como así también de lo que hicieron y decidieron todas las otras personas con quienes estamos relacionados, parafraseando a Becker (2009). El énfasis en la libertad del individuo no nos puede hacer olvidar, como plantea Elias (1982), que somos individuos mutuamente dependientes.

Como adelantaba al comienzo de este libro, a pesar de la segregación socio-espacial y la discriminación, en ocasiones, el trabajo de las instituciones, las redes comunitarias, las experiencias de adolescentes y jóvenes altera algoritmos fatalistas. Lo primordial, en una sociedad abusiva y hostil es multiplicar los espacios de contención a partir de los cuales sostener la infancia y la adolescencia. No se trata de un optimismo ingenuo: en los relatos se respira también la tenaz obstinación de seguir adelante, más allá de lo vivido. A pesar de todos los fracasos, con escasos recursos de todo tipo, los equipos y las instituciones no abandonan sus tareas.

Los referentes barriales, las técnicas y profesionales que conviven con chicas y chicos, saben que el sabor amargo es parte del trabajo comunitario con jóvenes, especialmente cuando enfrentan las situaciones más dilemáticas. ¿Cómo seguir habilitando un espacio cuando se

reiteran agresiones? ¿De qué modo puede un centro barrial permanecer abierto cuando persisten las amenazas o robos? ¿Cómo seguir adelante cuando el entorno les arrebatara lo que habían ganado con tanta dedicación y paciencia? En los referentes más grandes y en el trabajo de las educadoras más jóvenes, sigue presente el legado de Alberto Morlachetti, sobre cómo sortear esos y otros interrogantes. No es tarea sencilla “generar el lugar social que desde la comunidad, la escuela y la familia le ha sido negado”, crear las condiciones individuales y colectivas necesarias para restituir ese lugar social exige mucho más que un lugar físico que dé cobijo (Guido y Morlachetti, 2013). En esa tarea, como define Morlachetti, la ternura aparece como la pedagogía crucial para instaurar la posibilidad de que los chicos y las chicas a quienes todo les ha sido negado, vuelvan a confiar en la posibilidad de la reparación. Recuperar el lugar social justo para los chicos y las chicas es una tarea que exige afecto y un compromiso sostenido.

El trabajo comunitario en salud con jóvenes

Como hemos visto a lo largo del libro, no es muy novedoso afirmar que las desigualdades, de tipo socio económico, de género, sexuales, entre otras, cuando son altas y persistentes impactan de modo significativo en la vida de las personas más vulnerables. El impacto no es exterior, sino constitutivo: las desigualdades producen tales vulnerabilidades; en otras palabras, las vulnerabilidades no se reducen a las actitudes individuales o al nivel de conocimientos, remiten a procesos estructurales (Pecheny, 2013).

Lo novedoso, como plantea Pecheny, es identificar patrones específicos de relaciones con el objeto de intervenir. Esto implica un doble desafío: dar cuenta empíricamente de las producciones diferenciales de vulnerabilidad generacional, atendiendo a la clase, al género, a la orientación sexual, a la raza y la etnicidad; y avanzar en el estudio y diseño de tecnologías de intervención que aborden estos problemas y procesos.

En el cierre de *Pibes sin calma* quiero detenerme en el análisis de los interrogantes políticos y técnicos que transitamos cuando colaboramos desde la universidad en acciones de salud y derechos.

Como en otros pasajes de este libro remarco el nosotros que está por detrás de estas reflexiones. Junto a Ana Clara Camarotti, Ana Lía

Kornblit, Gabriela Wald, al igual que otros grupos del área de Salud y Población y equipos del Instituto, venimos ensayando algunas respuestas sobre los aportes de la investigación social a las demandas sociales, sobre las relaciones entre la universidad y el territorio y las tensiones en el trabajo comunitario.

Una forma de presentar las acciones que realizamos es sintetizarlas en tres ejes: sistematización de experiencias de prevención, promoción y cuidado de la salud y diseño de instrumentos de sistematización y evaluación (Kornblit, A. Camarotti, Capriati, Di Leo y Wald; Capriati, Camarotti, Di Leo, Wald y Kornblit, 2015); modelización del trabajo comunitario en salud con jóvenes (Camarotti, Wald, Capriati y Kornblit, 2018); desarrollo de materiales de capacitación, armado de rutas de acción y guías comunitarias (Wald, Camarotti, Capriati, Kornblit, y Pérez; Capriati, Camarotti, Wald, 2018). En algunas ocasiones estos trabajos están volcados a problemáticas particulares como el consumo de drogas o el abuso sexual, o bien refieren a ejes transversales vinculados a la promoción de derechos y el cuidado. En algunas oportunidades, la participación en redes comunitarias puede consistir en facilitar instancias colectivas de planificación y priorización, otras veces las tareas son contingentes al proceso que se desenvuelve.

Si bien el apartado final del presente libro no es el lugar adecuado para explayarme sobre los pormenores de estas iniciativas, sí es pertinente recuperar algo de estas experiencias para reflexionar posibles aportes al campo de la salud y los derechos en la adolescencia y juventud.

La apuesta por modelizar la construcción de una respuesta integral y comunitaria frente a problemáticas de salud adolescente radica en la necesidad de vincular lo teórico y la crítica con la práctica y el desarrollo de tecnologías. Este modelo, emergente de experiencias comunitarias, no tiene como lógica programar soluciones encorsetadas, sino explicitar principios que animan el trabajo comunitario en salud con jóvenes y orientar paso a paso las acciones, desde el diagnóstico participativo hasta la implementación y evaluación. Esta propuesta que hemos modelizado se consolidó en un proyecto de promoción de la salud integral adolescente en Valles Calchaqués, realizado con el apoyo de UNICEF Argentina, en el cual acompañamos el trabajo de la Red Aquí y Ahora a tu Lado (Santa María, Catamarca), del gobierno indígena de Amaicha del Valle (Tucumán) y los gobiernos municipales de Cafayate y San Carlos (Salta). Por supuesto, como planteamos con Camarotti, Wald, y Kor-

nblit (2018), cada nueva iniciativa reflexionará de modo colectivo cuáles son los pasos pertinentes y necesarios en función del escenario que afrontan, de los recursos que dispongan y de los grupos, equipos e instituciones que estén dando forma a una nueva experiencia comunitaria.

Si bien esa iniciativa tuvo como eje la prevención del abuso sexual contra niños, niñas y adolescentes y el mejoramiento del sistema de respuestas a dicha problemática, el modelo puede ser utilizado para trabajar un abanico amplio de temas de salud desde un abordaje integral (Camarotti, Wald, Capriati y Kornblit, 2018). En dicho trabajo, hablamos de un abordaje integral porque entendemos las acciones de prevención y promoción, asistencia y protección en un continuo, en las cuales se teje una red de cuidado que involucra a diferentes sectores, áreas del Estado y organizaciones de la comunidad. El otro pilar fundamental es la movilización comunitaria porque los procesos de transformación son más duraderos cuando se compromete a las poblaciones, y, en el caso que nos ocupa, cuando las y los adolescentes se asumen como protagonistas del cambio que quiere llevarse a cabo. Nada de esto es sencillo. La cooperación intersectorial no es sencilla, está atravesada por conflictos de intereses, interactúan actores con recursos y legitimidades heterogéneas. Los saberes locales existentes en la comunidad, especialmente el conocimiento acumulado de técnicos, profesionales y referentes barriales, son tan valiosos para iniciativas de este tipo como socialmente desjerarquizados.

Las intervenciones sociales y las acciones en salud no son neutras, el modelo propuesto, asentado en un enfoque de derechos humanos, identifica de modo participativo los nudos críticos que refuerzan las desiguales distribuciones de poder entre géneros y generaciones en un territorio determinado, para deliberar las acciones necesarias para revertir tales procesos.

Tensiones y zona práctica de influencia

En el transcurso de las iniciativas comunitarias y en la implementación efectiva de las acciones en salud, emergen, de modo más o menos explícito, tensiones en torno al alcance del trabajo y sus limitaciones. Analizar estas tensiones es una forma de sistematizar estrategias que permitan acompañar el trabajo de organizaciones, servicios y equipos

de salud de modo cotidiano, retomando el análisis presentado en un texto colectivo con Kornblit, Wald y Camarotti (2018).

Podríamos adjetivar estas tensiones como teóricas, en tanto examinan nodos centrales de cómo concebir la salud y la prevención; como políticas, debido a que revisan los modos en que el Estado está presente en un territorio y las maneras en que la comunidad se organiza y demanda sus derechos; y prácticas, en tanto brindan pistas sobre los resultados y alcances esperables desde cada escenario. Pero la más acertada forma de analizarlas es en torno del alcance de los logros y las limitaciones de las acciones implementadas. Al examinar los proyectos socio-comunitarios, en dicho capítulo colectivo retomamos y adaptamos la distinción que plantea Onetto (2003) al analizar el radio de acción sobre los factores que influyen en la problemática que se está abordando.

La tensión entre el nivel estructural y la zona práctica de influencia es una forma de comprender los factores detrás de cada nivel y evaluar las posibilidades de incidencia indirecta y de alcance directo. El nivel estructural refiere a las condiciones de vida y a los modos en que el Estado está presente en un territorio determinado. Este nivel comprende los factores que intervienen en las condiciones de vida de las personas, incluyendo la accesibilidad a la educación, a la salud, a bienes, así como las políticas públicas y el grado en que se respetan y tienen vigencia los derechos humanos y especialmente de las y los jóvenes, así como las leyes y normativas nacionales e internacionales que han sido aprobadas y reconocidas en el país; la estructura de poder y los canales de participación política abiertos a la sociedad civil integran también esta dimensión.

En el trabajo con jóvenes se tiene como propósito último mejorar la calidad de vida de adolescentes y jóvenes. Indudablemente, para lograr este propósito es condición necesaria ampliar la inclusión social a través de mayores oportunidades laborales, del incremento de la calidad de la educación que reciben, del mejoramiento del ambiente físico en el que viven, incluyendo la vivienda y el entorno ambiental, de la ampliación de las ofertas culturales a su alcance, etcétera. A su vez, estos propósitos sólo podrán alcanzarse a través de la disminución de las desigualdades, basadas en el acceso diferencial a oportunidades por razones de clase social, género, etnia y el ámbito geográfico en que viven las personas. Por supuesto, somos conscientes de que esos objetivos demandan transformaciones económicas, políticas y culturales. Por ejemplo, exi-

gen el desarrollo de políticas para diversificar la matriz de la estructura productiva y generar trabajos decentes.

Solo en apariencia estos ámbitos y esos debates trascienden la esfera de incumbencia directa de las acciones comunitarias en salud. Lógicamente, la incidencia sobre las características de la infraestructura urbana como, por ejemplo, el acceso al agua segura, no es directa. Tampoco la capacidad de garantizar el derecho a la movilidad. No obstante, son aspectos centrales del abordaje comunitario, sobre el cual se reflexiona críticamente, se planifican acciones y es posible alcanzar logros a partir de la movilización social para poner en agenda temas silenciados u olvidados. Por ejemplo, en el caso de los derechos, estas prácticas habitualmente comprenden el ejercicio de lo que se denomina *advocacy*, es decir, acciones para posicionar demandas en las agendas públicas y exigir a los poderes públicos modificar “lo que es” y transformarlo en “lo que debería ser”, para avanzar hacia una sociedad más justa e igualitaria.

La zona práctica de influencia describe el área de trabajo sobre la cual el trabajo comunitario en salud con jóvenes pueden incidir de modo directo a partir de la promoción de espacios que cuidan y potencian como así también en la habilitación de las acciones juveniles en pos de sus derechos y salud. Adaptando la definición del concepto clásico de Zona de Desarrollo Próximo (Vygotsky, [1931] 1991), definido como el espacio de aprendizaje entre el nivel que un alumno ha alcanzado — lo que es capaz de hacer por sí solo — y su nivel de desarrollo potencial —lo que sería capaz de hacer con la ayuda de un adulto o un compañero más capaz o más adelantado—, proponemos usar el concepto de Zona Práctica de Influencia para referirnos al espacio de intervenciones posibles desde el trabajo comunitario en salud con jóvenes. Se trata de una “zona” en la que pueden ser conducentes prácticas que incluyan procesos de interacción social y soporte en el marco de esa interacción. Es aquí donde también es de utilidad introducir su concepto de andamiaje, como cesión y traspaso progresivo del control y la responsabilidad a partir de un “monitor” o persona referente hacia las que integran el grupo con el que trabaja.

Es precisamente en esta zona de influencia práctica en la que el trabajo comunitario en salud con jóvenes puede estimular solidaridades con quienes lo necesiten, poner a disposición nuevos lenguajes y habilitar nuevas posibilidades de imaginarse a sí mismos, más allá de las

ataduras que los mantienen limitados a rutinas empobrecedoras. Como hemos visto, las relaciones que una persona pueda hacer entre su pasado, su presente y su futuro vinculan su estado actual con sus posibles identidades en un futuro más alejado.

Avances

Estas tensiones atraviesan un conjunto heterogéneo de acciones que se realizan en la interface entre la universidad y el territorio, en la colaboración entre equipos técnicos y gobiernos locales y centros comunitarios. En cierta medida, estas acciones ponen de relieve modalidades de vinculación tecnológica entre centros de investigación, gobiernos locales y espacios comunitarios, en tanto y en cuenta se devela la participación de equipos técnicos que movilizan enfoques teóricos, utilizan métodos, desarrollan capacitaciones o diseñan guías de prevención.

Sin duda, las distintas disciplinas científicas pueden contribuir al diseño de tecnologías de intervención para políticas de promoción de la salud, asentadas en evidencia y en compromiso con los derechos de los sujetos y los diversos proyectos subjetivos de felicidad (Pecheny, 2013; Ayres, Paiva y Cassia, 2018). Estas tareas, más volcadas hacia aspectos técnicos y tecnológicos, no están escindidas de posicionamientos éticos y políticos.

El estudio de las desigualdades sitúa el interrogante sobre los horizontes de igualdad y los principios de justicia distributiva (Kessler, 2014). Las brechas de desigualdad social pueden ser reducidas con una opción política por la solidaridad, que desmonetice espacios de la vida cotidiana y garantice un umbral de ciudadanía. Una sociedad en la cual, más allá de la heterogeneidad de situaciones ocupacionales, la condición salarial esté rodeada de protecciones e iguale a los trabajadores en derechos, más allá del nivel de ingresos (Merklen, 2017; Kessler, 2014). Una sociedad que asume la responsabilidad social del cuidado como una tarea que desborda el ámbito familiar y brinda acompañamiento y reparación.

La consolidación de los avances que se han logrado relativos al reconocimiento y ampliación de derechos depende también, como plantea Paiva “de que seamos capaces de proveer técnicamente los recursos y acciones necesarios para identificar e intervenir sobre las relaciones de vulnerabilidad y sus impactos negativos”. Los derechos humanos

son un recurso para evaluar las diversas situaciones de vulnerabilidad con base en criterios pactados y legítimos (Gruskin y Tarantola, 2012), ofrecen una referencia positiva, no moralista, pero tampoco relativista ni inconsecuente (Ayres, Paiva y Buchalla, 2018). En temas de infancia y adolescencia, la Convención Internacional de los Derechos del Niño y los derechos humanos forman un espacio aglutinante para una práctica política que tenga como premisa una ética de la responsabilidad solidaria y búsqueda de justicia (Bustelo, 2011; Salvat, 2005 en Bustelo).

Deseo destacar, finalmente, que las conexiones entre la comprensión del fenómeno de las vulnerabilidades en la juventud, la crítica social y el desarrollo de modelos y herramientas cotidianas de trabajo abren caminos fecundos. Estas conexiones son un punto de partida para que la investigación social y los discursos críticos sean insumos de propuestas prácticas que contribuyan con la construcción de espacios cada vez democratizantes, justos y solidarios.

Referencias bibliográficas

- Altman, Dennis, Aggleton, Peter, Williams, Michael, Kong, Travis, Reddy, Vasu, Harrad, David, Reis, Toni y Parker, Richard (2012). Men who have sex with men: stigma and discrimination, en *Lancet*, 380: 439-45.
- Alvarado, A., Concha-Eastman, A., Spinelli, H. Y TourinhoPeres, F. (2015). *Vidas truncadas: el exceso de homicidios en la juventud de América Latina, 1990-2010, los casos de Argentina, Brasil, Colombia y México*. México D.F.: El Colegio de México. p.11-12.
- Arachu Castro y Farmer, P. (2003). El Sida y la violencia estructural. La culpabilización de la víctima, en *Cuadernos de Antropología Social*, 17, 29-47.
- Araujo, K. y Martuccelli, D. (2010). La individuación y el trabajo de los individuos, en *Educação e Pesquisa*, São Paulo, v.36, p. 077-091.
- Ayres, J. Paiva, V., y Franca, I. (2018). De la historia natural de la enfermedad a la vulnerabilidad. Conceptos y prácticas en prácticas en transformación en la salud pública contemporánea. En Paiva, V., Ayres, J.R., Capriati, A.J., Pecheny, M. y Amuchastegui, A. (editores) *Prevención, Promoción y Cuidado: enfoques de Vulnerabilidad y Derechos Humanos*. Buenos Aires, Teseo, 35-64. Disponible en: <https://www.teseopress.com/vulnerabilidadesyddhh/>
- Ayres, J., Paiva, V. y Cassia, M. (2018). Derechos humanos y vulnerabilidad en la prevención y promoción de la salud, En Paiva *op. cit.*, p.21-34.
- Bassi Follari, J. (2014). Hacer una historia de vida: decisiones clave durante el proceso de investigación, en *Athenea Digital*, 14(3), 129-170.
- Becker, H. (2009). *Trucos del oficio: cómo conducir su investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Becker, H. (1967). Whoseseide are weon?, en *Social Problems*, 14(3), 239-247.
- Binstock y Cerruti, (2016). La población y la estructura social, en Kessler, G. *La sociedad argentina hoy*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno. pp: 37-60.
- Bonvillani, A. Vázquez, M., Vommaro, P. y Palermo, (2010). Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los períodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre juventudes y participación política en la Argentina, en Alvarado, S. y Vommaro, P. (editores). *Jóvenes, cultura y polí-*

- tica en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas* (1960-2000). Buenos Aires: CLACSO-Homo Sapiens. Pp. 21 a 54.
- Bourdieu, P. (1990) *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourgois, P. (2010). *En busca de respeto*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Braslasvsky, C. (1986). *La juventud argentina: informe de situación*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Briceño-León, R. (2003). Las ciencias sociales y la salud: un diverso y mutante campo teórico. *Ciência&SaúdeColetiva*, 8(1), 33-45
- Brunet, I. y Pizzi, A. (2013). La delimitación sociológica de la juventud, en *Última Década*, 38, pp. 11-36.
- Bustelo, E. (2011). *El recreo de la infancia: argumentos para otro comienzo*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.
- Camarotti, A., Wald, G., Capriati, A. y Kornblit, A. (2018) Modelo integral comunitario para prevenir y abordar problemáticas de salud adolescente, *Revista Salud Colectiva* Vol. 14, Nº3, octubre 2018. Disponible en <http://revistas.unla.edu.ar/saludcolectiva/articulo/view/1768>
- Capriati, A. (2014). 'Una aventura abierta': acontecimientos biográficos de jóvenes residentes en villas y barrios populares del Gran Buenos Aires, Argentina, en *Última Década*, 22(40), 109-129. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-22362014000100006&script=sci_arttext
- Capriati, A. (2017a). "A cada uno lo que le toca. Desigualdades y soportes en la condición juvenil". Cuadernos, 52: 119-141. Disponible en: <http://revista.fhycs.unju.edu.ar/revistacuadernos/index.php/cuadernos/articulo/view/257>
- Capriati, A. (2017b). Tensiones y desafíos en el uso del método biográfico, en *Cinta de Moebio. Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, (60), 316-327. Disponible en: <https://revistas.uchile.cl/index.php/CDM/articulo/view/47862/50865> [Consulta: 15 de mayo 2018].
- Capriati, A. (2018) Lluve sobre mojado: desigualdades sociales y vulnerabilidades en salud en la adolescencia y juventud, en *RevIISE*, vol. 12, año 12, p. 117-133. Disponible en: <http://www.ojs.unsj.edu.ar/index.php/reviise/issue/view/19/showToc>
- Capriati, A. y Camarotti, A. (2018) El día que se acabó la guerra contra las drogas. En *Bordes, Revista de Política, Derecho y Sociedad*. Disponible en: <http://revistabordes.com.ar/el-dia-que-se-acabo-la-guerra-contra-las-drogas/>
- Capriati, A., Camarotti, A. y Wald, G. (2018). Rutas de acción ante situaciones de abuso sexual contra niñas, niños y adolescentes. Municipio de Río Grande, Tierra del Fuego.

- Capriati, A., Dallorso, N. (2006). Notas sobre los jóvenes en el discurso de la inseguridad. En *Niños, menores e infancias*. Publicación del Instituto Derechos del Niño, 3, 1-19.
- Capriati, A., Wald, G., Schwarz, M., Herrero, B., Gentinetta, B., Salum, B., Weisbrot, V. (2017) "Escenarios sociales y trayectorias biográficas. Una propuesta metodológica para el análisis de vulnerabilidades en la adolescencia y juventud en barrios populares urbanos. Presentado en las XII Jornadas de Sociología, 22 al 25 de agosto de 2017. Disponible en: http://jornadas-desociologia2017.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/ponencia/818_262.pdf [Consulta: 1 de abril 2018].
- Capriati, A.; Kornblit, AL.; Wald, G.; Camarotti, AC. (2018). "El trabajo comunitario en salud con jóvenes: experiencias de prevención, promoción y protección". En V. Paiva; JR. Ayres; A. Capriati; M. Pecheny y A. Amuchastegui (editores) *Prevención, Promoción y Cuidado: enfoques de Vulnerabilidad y Derechos Humanos*. Buenos Aires: Teseo. pp: 241-270.
- Capriati, A.; Kornblit, AL.; Wald, G.; Camarotti, AC. (2018). "El trabajo comunitario en salud con jóvenes: experiencias de prevención, promoción y protección". En V. Paiva, V., *op.cit.*, p.241-270.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Castro, R. (2016). *De la sociología en la medicina a la sociología de la salud colectiva: apuntes para un necesario ejercicio de reflexividad*, en *Salud Colectiva*, 12(1), 71-83.
- Castro, R. y Bronfman, M. (1999). Problemas no resueltos en la integración de métodos cualitativos y cuantitativos en la investigación social en salud, en Bronfman y Castro (ed.) *Salud, cambio social y política. Perspectivas desde América Latina*. México D.F.: Edamex.
- CELS, Ministerio Público de la Defensa de la Nación, Procuración Penitenciaria de la Nación (comp.) (2011). *Mujeres en prisión: los alcances del castigo*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Chaves, M. (2005). Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea, en *Última Década*, núm. 23, Chile: CIDPA.
- Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Argentina: Espacio.
- Corcuff, P. (2013). *Las nuevas sociologías. Principales y debates, 1980-2010*, Buenos Aires: Paidós.
- Cornejo, M. y Rojas. R. (2008). La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico, en *Psykhé*, vol.17, n.1, 29-39.

- Cutler, D., Lleras-Muney, A. y Vogl, T. (2012). Socioeconomic Status and Health: Dimensions and Mechanisms”, en *The Oxford Handbook of Health Economics*, ed. Glied Sherry y Peter Smith (New York, Oxford University Press, 2012).
- Di Leo, P. Camarotti, A. C. (2013). *‘Quiero escribir mi historia’*. *Vidas de jóvenes en barrios populares*. Buenos Aires: Biblos.
- Di Leo, P. et al. (2011) *Procesos de individuación y relatos biográficos: articulaciones y potencialidades para el abordaje de experiencias juveniles en el campo de la promoción de la salud*. IX Jornadas de Sociología - Pre ALAS Recife, 1-15.
- Elias, N. (1982). *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa. - Wald, G., Camarotti, A.C, Capriati, A.J., Kornblit, A.L. y Pérez, M. (2017). *Rutas de acción ante situaciones de abuso sexual contra niños, niñas y adolescentes*. UNICEF Argentina.
- Elizalde, S. (2013). Articulaciones entre género, sexualidad y edad en los estudios de juventud: presupuestos ideológicos y operaciones de la crítica. *Sudamérica: Revista de Ciencias Sociales*, 2(2), 21-35.
- Epele, M. (2010). *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Buenos Aires: Paidós.
- Erikson, E. (1980). *Identidad, juventud y crisis*. Madrid: Taurus.
- García, J.C. (1994) Pensamiento social en salud en América Latina. En Interamericana/Mc Graw Hill y Organización Panamericana de la Salud. México, D.F, 19-31. Originalmente presentado en el XXIII Congreso Internacional de Sociología. Caracas, Venezuela, 20-25 de noviembre de 1972.
- García Méndez, E. (2011). Prólogo. En Bustelo, E. *El recreo de la infancia: argumentos para otro comienzo*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores. p. 9-14
- García Odio, A. y González Suárez, M. (2018), Factores de riesgo asociados a embarazadas adolescentes en un área de salud. *Revista de Ciencias Médicas de Pinar del Río*, [S.l.], v. 22, n. 3, p. 416-427.
- Gordon, D., Nandy, S., Pantazis, C., Pemberton, S. y Townsend, P. (2003). *Child Poverty in the Developing World*, Bristol: The Policy Press.
- Govea Basch, J. (2015) *Dinámica demográfica de la niñez y la adolescencia en la Argentina*. Luján: EdUNLU.
- Graham, G. (2016) Why Your ZIP Code Matters More Than Your Genetic Code: Promoting Healthy Outcomes from Mother to Child. *Breastfeed. Med.* Oct;11:396-7.
- Gruskin, S. y Tarantola, D. (2012), “Un panorama sobre saúde e derechos humanos”, en Paiva, V., Ayres, J., y Buchalla Cassia M. (orgs.), Vulnerabilidade

- e derechos humanos. Prevenção e promoção de saúde, Livro 1, Brasil: Juruá Editora.
- Guido, L. y Morlachetti, A. (2013) ¿Son irre recuperables? Publicado en el sitio Pelota de Trapo. Disponible en: <https://www.pelotadetrapo.org.ar/documentos/19-cars.html>
- Hall, S. y Jefferson, T. [1975] (2006). *Resistance through rituals. Youth subcultures in post-war Britain*. London-New York: Routledge.
<https://www.teseopress.com/comunitario/>
- Indec (2010). Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010. Disponible en: http://www.censo2010.indec.gov.ar/preliminares/cuadro_24.asp [Consulta: 15 de mayo 2018].
- Jablónka, I. (2015). *Historia de los abuelos que no tuve*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kessler, G. (2014) *Controversias sobre la desigualdad: Argentina, 2003-2013*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kessler, G. y Merklen, D. (2013) Una introducción cruzando el Atlántico. En Castel, R. Kessler, G. Merklen, D. y Murad, N. (orgs.) *Individuación, precariedad, inseguridad*. Buenos Aires: Paidós. p. 4-20.
- Kornblit, A. (2010a). Historias y relatos de vida: pseudo análisis y análisis en la investigación social. En: Ciclo de Seminarios “*Debates metodológicos en proceso de investigación social cualitativa*”, Universidad de la República, Uruguay.
- Kornblit, A. (2010b). La promoción de la salud entre los jóvenes, en *Acta PsiquiátrPsicol Am Lat.*, vol. 56, núm. 3, Argentina: Fundación ACTA.
- Kornblit, A. Camarotti, A. Capriati, A., Di Leo, P, y Wald, G. (2016). *Una propuesta para sistematizar experiencias en el abordaje comunitario de los consumos problemáticos de drogas*. Buenos Aires: Teseo Press, Disponible en:
- Kornblit, A.L., y Capriati, A. (2014). Giros de la existencia y tiempo biográfico en los relatos de vida, en International Congress of Qualitative Inquiry (ICQI) y I Post Congreso (ICQI), University of Illinois at Urbain Champaign, CIECS-CONCIET/UNC, Universidad Siglo 21.
- Koselleck, R. (1985) *Future Past. On the semantic of Historical Time*. Cambridge, Massachusetts, EE.UU. MIT Press.
- Krauskopf, D. (2008). Dimensiones de la participación en las juventudes contemporáneas latinoamericanas. *Revista Pensamiento Iberoamericano*. 3, 165-182.
- Leclerc—Olive, M. (2009). Temporalidades de la experiencia: las biografías y sus acontecimientos, en *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana* 8, IV,1-39.

- Leventhal, T. y Brooks-Gunn, J. (2000). The neighborhoods they live in: The effects of neighborhood residence on child and adolescent outcomes, en *Psychol Bull*, 126, 309–337.
- Lipina, S. y Segretin, M. (2015). 6000 días más: evidencia neurocientífica acerca del impacto de la pobreza infantil. En *Psicología Educativa*, 21, 2, 107-116.
- Manzelli, H. (2014) Educational attainment and adult mortality differentials in Argentina, en *Revista Latinoamericana de Población*, 14:129-163.
- Martínez, L. y Santoro, A. (2016) Desigualdades en la mortalidad adolescente por causas externas. Argentina, 2010-2014. Publicado en XII Jornadas Nacionales de Debate Interdisciplinario en Salud y Población, Agosto 2016. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales –Universidad de Buenos Aires.
- McRobbie, A. (2013) *On the Illusion of Equality for Women*. Social Science Bites, Sage
- Martuccelli, D. (2007). *Gramáticas del individuo*, Argentina: Losada.
- Martuccelli, D. (2013) Prefacio, en P. Di Leo y A.C. Camarotti (Edit.). “*Quiero escribir mi historia*”. *Vidas de jóvenes en barrios populares*. Buenos Aires: Biblos, pp.9-14.
- Merklen, D. (2017). *Simpatía por la desigualdad*. Anfibia. Disponible en <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/simpatia-la-desigualdad/>
- Merlinsky, G. (2017) “El conflicto del Riachuelo. Cuencas metropolitanas y justicia ambiental” en Charriérem, M. (dir.) *Costas y cuencas de la Región Metropolitana de Buenos Aires: estudios, planes y proyectos*. Buenos Aires: Consejo Profesional de Arquitectura y Urbanismo. pp. 33-40.
- Mills, W. (2003). *La imaginación sociológica*. Mexico D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Moreno Pestaña, J.L. (2004). Cuerpo, género y clase social en Pierre Bourdieu. En Alonso, J., Criado, L. y Moreno Pestaña, J-L. (eds). *Pierre Bourdieu: las herramientas del sociólogo*. Madrid: Fundamentos. p. 143-184.
- OMS (2002). *Veinticinco preguntas y respuestas sobre salud y derechos humanos*. Serie de publicaciones sobre salud y derechos N°1.
- OMS (2017) 10 facts on health inequities and their causes. Disponible en https://www.who.int/features/factfiles/health_inequities/en/ [Consulta: 15 de agosto 2018].
- Onetto, F. (2003). Criterios de intervención en las problemáticas de convivencia escolar. Monografías virtuales. Ciudadanía, democracia y valores en sociedades plurales [Internet]. OEI, 2003 [citado 2 feb 2018]. Disponible en: <http://www.oei.es/historico/valores2/monografias/equipo.htm>

- Oslak, O. (2011). Falsos dilemas: micro-macro, teoría-caso, cuantitativo-cualitativo. En *La trastienda de la investigación*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere.
- Paiva, V. (2018). Escenas de la vida cotidiana. Metodologías para comprender y disminuir la vulnerabilidad en la perspectiva de derechos humanos. En Paiva op.cit., p.141-202.
- Parker, R. y Aggleton, P. (2003), HIV and AIDS-related stigma and discrimination: a conceptual framework and implications for action, en *Social Science and Medicine*, vol. 57, USA: Elsevier.
- Pecheny, M. (2013). Desigualdades Estructurales, Salud de Jóvenes LGBT y Lagunas de Conocimiento: ¿Qué Sabemos y qué Preguntamos? *Temas emPsicología*, Vol. 21, n° 2, p.961-972.
- Pecheny, M., Capriati, A. y Amuchástegui. (2018). Introducción. En V. Paiva, V., op.cit., p. 9-20.
- Pérez, M. (2015) Documento interno del proyecto de Investigación PICT 2346. Entrevista a informante clave de áreas de protección de la infancia.
- Poy, S. (2018). *Juventudes desiguales: oportunidades de integración social*. Buenos Aires: Educa.
- Procuración Penitenciaria de la Nación (2014) Informe Anual. Disponible en: <https://ppn.gov.ar/?q=node/2342>
- Salvat, P. (2005) *Derechos humanos. En conceptos fundamentales*. Santiago de Chile: Universidad Silva H.
- Salvia, A. Musante, B., y Mendoza Jaramillo, A. (2013). *Análisis del impacto de la AUH en materia de inseguridad alimentaria y déficit educativo*. Observatorio de la Deuda Social Argentino. Disponible en: http://wadmin.uca.edu.ar/public/ckeditor/AUH_integrado_03.pdf
- Salvia, A., Tuñón, I. Poy, S. (2014). Evaluación de impacto de la Asignación Universal por Hijo en los ingresos familiares e indicadores de desarrollo humano. Encuesta de la Deuda Social Argentina: 2010, 2011 y 2012. Seminario Internacional: Pobreza infantil, políticas públicas y democracia. Equidad para la Infancia, CROP, FLACSO, IIJ-UNAM.
- Sampson, R. (2003). The Neighborhood Context of Well-Being, en *Perspectives in Biology and Medicine*, Vol. 46, N°3, 53–64.
- Sautu, R. (2010). *Carta sobre hipótesis*. Disponible en http://campuscitep.rec.uba.ar/pluginfile.php?file=%2F138230%2Fmod_resource%2Fcontent%2F1%2FSautu_2010.pdf
- Sellström, E. y Bremberg, S. (2006). The significance of neighborhood context to child and adolescent health and well-being: A systematic review of multilevel studies, *Scandinavian Journal of Public Health*, 34(5), 544–554.

- Spinelli, H. Alazraqui, M., Osvaldo, S. y Capriati, A. (2015). Vulnerabilidad y derechos sociales: datos y notas sobre mortalidad por violencias en adolescentes y jóvenes en Argentina (1990-2010) en Arturo Alvarado, Al. *op.cit.* p.19-90.
- Steinberg, C. (2015). Desigualdades sociales, políticas territoriales y emergencia educativa, en Tedesco, JC. (comp.) *La Educación Argentina hoy. La urgencia del largo plazo*. Buenos Aires: Siglo XXI y Función Osde. pp. 191-234.
- Steinberg, C., Cetrángol, O. y Gatto, F. (2011). *Desigualdades territoriales en la Argentina. Insumos para el planeamiento estratégico del sector educativo*. Documentos de proyectos N°53, CEPAL / UPEA.
- Tuñón, I. (2018). Oportunidades que definen juventudes. En Poy, S. *Juventudes desiguales: oportunidades de integración social*. Buenos Aires: Educa. p. 4
- Tuñón, I. y Poy, S. (2017). *Infancias en situación de pobreza multidimensional. Análisis comparado de diferentes metodologías de cálculo de la pobreza para el caso de las infancias en la Argentina en el período del Bicentenario (2010-2016)*. Documento de trabajo. 1ª ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Educa, 2017
- UNICEF (2016). Hechos sobre Adolescencia y Jóvenes en América Latina y el Caribe. Disponible en: [http://www.unicef.org/lac/Fast_facts_SP\(1\).pdf](http://www.unicef.org/lac/Fast_facts_SP(1).pdf)
- UNICEF (2017). El acceso a la salud de los y las adolescentes en Argentina. 2017. Buenos Aires: Argentina. Disponible en: https://www.unicef.org/argentina/sites/unicef.org.argentina/files/2018-03/salud_adolescente_FINAL_0.pdf
- Vygotsky, L. [1931] (1991). *Obras escogidas*. Tomo 1. Madrid: Aprendizajes Visor.
- Wacquant, L. (2007), *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores
- Wald, G., Capriati, A., Pecheny, M., Schwarz, M., Gentinetta, B., Salum, B., Weisbrot, V., Ini, N., y Rodríguez Ardaya, S. (2017) Posiciones, oportunidad y recursos: primeros pasos del estudio de vulnerabilidades en adolescentes y jóvenes de sectores populares urbanos. Publicado en Actas I Jornadas de Sociología de la UNMDP, pp. 366-400.
- Yamin, A. y Frisancho, A. (2015). Enfoques basados en los derechos humanos para la salud en América Latina, en *MEDICC Review*. V.17, S5-S7.
- Zemelman, H. (2008). *Pensar teórico y pensar epistémico: los retos de las Ciencias Sociales Latinoamericanas*. Instituto Pensamiento y Cultura en América A.C.

Colección

**Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates**

Director: Pablo Vommaro

En los últimos años las juventudes adquirieron un lugar fundamental en las dinámicas económicas, sociales, políticas y culturales, tanto en la Argentina como en América Latina y en el mundo. En este marco, los estudios sobre el tema han proliferado, constituyéndose como campo en permanente ampliación aunque aún en construcción. Sin embargo, luego de algunos textos precursores en los años ochenta, no existían esfuerzos sistemáticos por realizar trabajos integrales que dieran cuenta de las diversas dimensiones en las que despliegan sus vidas los jóvenes argentinos. Esto es parte del desafío que asumimos desde esta colección. Abordar dimensiones diversas, aspectos diferentes, espacios distintos para avanzar en la reconstrucción de una cartografía que aporte a la comprensión de las realidades juveniles en la Argentina con enfoque latinoamericano y perspectiva generacional.

Presentamos textos rigurosos y fundamentados, productos de investigaciones sólidas, pero con lenguajes amplios, accesibles, no codificados, que permiten lecturas desde diversas posiciones realizadas por sujetos diversos, sobre todo por los propios jóvenes.

Nacer y crecer en Argentina significa desarrollarse en una tierra rica en oportunidades, sólo para un grupo privilegiado de niñas, niños, adolescentes y jóvenes. Un grupo que habita un entorno no contaminado, reside en un barrio con agua segura y cuenta con una vivienda adecuada. Un grupo que no asume obligaciones de trabajo cuando es tiempo de estar en la escuela, ni crece en un ambiente de maltrato. Pertenecer a este grupo tiene poco que ver con el azar, los méritos personales o las actitudes individuales.

En las trayectorias que se comparten en el libro, las intersecciones de clase, género y generación develan anudamientos opresivos: hacerse cargo de la casa como una mujer adulta desde los 8 años, crecer siendo testigo y víctima de violencia, ser madre a los 15; dejar la escuela y salir a trabajar a los 12, hacerse hombre a los golpes, sobrevivir con la bravura como escudo. Son pibes y pibas sin calma, desprovistos de cuidados parentales, expulsados a la calle ante el desamparo de un Estado que cuando llega, lo hace tarde. En ocasiones, no obstante, operan distintos soportes institucionales o comunitarios, con diferente capacidad de amortiguación. El trabajo de las instituciones, las redes comunitarias y, sobre todo, las biografías juveniles impiden sostener posiciones fatalistas. No se trata de un optimismo ingenuo: en los relatos de vida se respira también la tenaz obstinación de seguir adelante, más allá de lo vivido.

ISBN 978-987-8308-03-6



9 789878 308036